

Misioneros víctimas de la peste en la Mandchuria (China)

Con profundo dolor, con admiración y respeto inclinada la cabeza ante la tumba de los héroes de la caridad cristiana, pedimos á nuestros lectores, amigos del misionero católico, una oración por el alma de los que acaban de morir en la Mandchuria Septentrional.

La peste pasea por aquella región asiática su carro de horrores: por centenares se cuentan las víctimas. Donde la humanidad sufre, la caridad cristiana engendra héroes. Lector amigo, lee y admira. Admira al P. Bourlés y á sus cristianos improvisar un hospital, y cuidando apestados morir todos, pero no sin antes abrir las puertas del cielo á doscientos paganos. Admira al P. Delpol, á su amigo el P. Mutillod muertos asistiendo pestíferos, y admira también á los sacerdotes chinos que, olvidando el inminente peligro del contagio, como al influjo de la fraternidad cristiana olvidaron ayer el secular odio que el celeste alienta contra el europeo, asisten á los Padres contagiados con cariño de hermano, con abnegación de santo. Admira á los misioneros supervivientes que, solos entre millares de paganos, en el corazón de la tierra que la peste diezma, trabajan sin descanso asistiendo moribundos, abriéndoles las puertas de la eterna gloria. Hoy, como ayer y como siempre, la Religión católica es madre de héroes y de santos.

Una oración para el alma de los héroes muertos en el campo de batalla, una oración para los que luchan salvando almas, una oración para los chinos, católicos ó paganos, á quienes Dios aflige hoy con tal cruel azote; que cuantos mueran vuelen á la gloria; que los supervivientes sientan el encanto de la verdad, la felicidad que regala la Religión verdadera, y postrándose adoren á Jesucristo que murió en Cruz para salvarnos á todos.

Y que el Señor envíe nuevos héroes á llenar los huecos que la muerte ha abierto en las filas de la ya antes tan reducida falange, que lucha para lograr la conversión de inmenso imperio chino digno de mejor suerte.

EL P. BOURLES

CARTA DEL ILMO. SR. LALOUIER, VICARIO APOSTÓLICO

Colegio de San José, 18 Enero 1911.

UNO de nuestros misioneros el P. Bourlés nos ha sido arrebatado por el terrible azote que en la actualidad diezma la Mandchuria.

El P. Bourlés llegó á este Vicariato el año 1899. Puesto á las órdenes del P. Regis Souvignet, el futuro mártir de Hulan, para que se formara en el ministerio apostólico pronto adquirió el conocimiento de la lengua, lo preciso para ponerse al frente de un distrito.

Se le asignó la Misión de Nong-an, distante una jornada de Kuan-tchéngtse. A los pocos meses empezaron las persecuciones del 1900. Para librarse más fácilmente del furor de los boxers se retiró á una cristiandad vecina más numerosa y compuesta en su mayoría de antiguos cristianos. En ella pasó los peores días de la persecución, viéndose repetidas veces obligado á refugiarse en un vecino frondosísimo bosque de sauces, para escapar á las pesquisas de sus perseguidores.

Con la llegada de tropas rusas, que ocuparon el país, renació la calma. El P. Bourlés la saludó sano y salvo. No así los PP. Souvignet, Georjon, Leroy y el sacerdote indígena Pedro Tchang, los cuales fueron muertos en odio á la Religión.

El P. Bourlés fué llamado á suceder á su maestro en el apostolado el P. Regis Souvignet. Con alegría y acariciando la idea de grandes conquistas para el cielo, se dirigió á ocupar su nuevo destino. Gracias á su celo y actividad, pronto inauguró una residencia en Hulan: reconstruyó los edificios de las antiguas, quemados durante la persecución, é inauguró no pocas capillas. Ca-

Año XIX. Núm. 375.

da año lograba por término medio 80 ó 100 bautismos de adultos, y esta era su mayor alegría.

Muerto el P. Monnier, el P. Bourlés fué llamado por la obediencia á sucederle: fijó su residencia en Karbin, y de ello haría siete ú ocho meses cuando se declararon los primeros casos de peste en la ciudad china de Fu-kia-tien. Anhelando aprovechar esta oportunidad para salvar almas abrió un hospital. Sus cristianos se ofrecieron generosos á cuidar á los apestados, sin otro móvil ni interés que el amor á Dios y al prójimo: todos han muerto víctimas de su heroica caridad y del terrible azote.

En el hospital se admitían indistintamente cristianos y paganos: pero los paganos vencidos, convencidos por tanta caridad y abnegación, no tardaban á implorar la gracia del bautismo: doscientos fueron los que entraron y doscientos han sido los regenerados por el agua santa que abre las puertas del cielo.

Me hallaba en Karbin los primeros días del corriente año, acompañado de los PP. Delpal, Mutillod y Obin, y pude admirar personalmente los frutos abundantísimos que cada día lograba el celoso misionero cuya muerte lloramos. Cada día, y no una, sino varias veces y cada vez largo rato, visitaba á los apestados.

Respirando cada día el aire infecto, acabó por contraer la enfermedad y con ella el triste convencimiento de que no curaría. Repetidas veces nos dijo, con la sonrisa en los labios y la paz de los bienaventurados en el rostro, que se sentía feliz de morir asistiendo y bautizando apestados: aprovechó el poco tiempo que le dejó la enfermedad para prepararse á morir santamente. Se confesó muchas veces y, con ejemplarísima piedad, recibió el Santo Viático y la Extremaunción.

20 de Marzo de 1911

Su robustísima constitución fué causa de que padeciera una agonía más larga y terrible que los demás apestados. Así lo dispondría el Señor para que ya en este mundo acabara su purgatorio. Cuando su alma quedaría purificada, tendió las alas y fué, así lo espe-

ro, á la eterna mansión de los elegidos á recibir el premio de sus heroicas virtudes.

La Misión ha perdido uno de sus más entusiastas y beneméritos obreros, pero ha ganado un nuevo protector que rogará á Dios por ella. Esto consuela nuestro dolor.

EL P. DELPAL

CARTA DEL P. MUTILLOD, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, MISIONERO EN LA MANDCHURIA SEPTENTRIONAL.

Supongo en su poder un telegrama anunciando la nueva pérdida que acaba de sufrir la Misión de la Mandchuria septentrional. El 27 de Enero el P. Delpal, mi querido compañero, expiró víctima del terrible azote que nos aflige.

Cuando el 26 de Enero, á las tres de la tarde, llegué á su lado, su vicario, el P. Jaime Tchang, acababa de administrarle los últimos Sacramentos. Al parecer sufría mucho, pero conservaba todas sus facultades y hablaba con facilidad.

Al anocheecer y después de tomar una medicina que el médico le preparó, se inició sensible mejoría: el número de pulsaciones se normalizó, y en el corazón de cuantos le rodeábamos renació la esperanza.

¡Vana ilusión! hoy á las tres de la madrugada la respiración se ha hecho penosa y ha empezado á hablar con dificultad. A las cuatro, nuestro querido enfermo lograba á duras penas hacerse comprender, y á las cuatro y media ya no articulaba palabra: conservaba, empero, el conocimiento; así lo evidenciaban sus gestos y el cuidado con que arreglaba su escapulario. Como tendiera la mano buscando algo sobre la mesita que tenía á su lado, de la que momentos antes había recogido el reloj de moribundo, el P. Jaime adivinó su intención, me lo pidió y se lo mostró. Nuestro querido enfermo deseaba saber qué hora era. Le dije:

—Querido Padre, son las cuatro y media. Estamos á viernes, día que eligió el Señor para consumir su sacrificio. Ofrézcale con amor sus padecimientos y su vida en unión de los padecimientos y sacrificio del divino Salvador.

Con la cabeza me hacía signos afirmativos.

A los pocos momentos empezó la agonía que fué tranquilísima. Repetidas veces le dí la absolución. No

A evidenciarnos lo terrible del azote viene otra carta: el P. Mutillod, el que auxilió al P. Delpal, y el que en la carta que dejamos traducida nos cuenta la santa muerte de su amigo, á los tres días moría también de la peste. (R. I. P.).

EL P. MUTILLOD

CARTA DEL ILMO. SR. LALOUYER, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, VICARIO APOSTÓLICO DE LA MANDCHURIA SEPTENTRIONAL.

Procura de Kuan-tcheng-tze, 3 Febrero 1911.

El telégrafo les habrá anunciado el nuevo dolor que nos aflige. Nuestro querido P. Mutillod ha dejado este valle de lágrimas y ha volado al cielo á recibir la recompensa de sus virtudes y de cuanto ha hecho en la tierra á mayor gloria de Dios y para bien y salvación de las almas.

puedo precisar el momento de su postrer suspiro, pero á las cinco menos cuarto todo estaba consumado.

CARTA DEL ILMO. SR. LALOUYER, VICARIO APOSTÓLICO

El queridísimo P. Delpal llegó á Mandchuria el 1897. Aprendió el chino en Pa-ien-su y luego fué destinado á Sungari. Cuando el P. Monnier fué nombrado procurador de la Misión, quedóse él en la de Pa-ien-su. Cuidando con apostólico celo una numerosa cristiandad, supo hallar tiempo y recursos para construir un bonito templo. Estaba dotado de especial talento para la arquitectura, por lo cual se le envió á Hu-lan para que dirigiera la construcción de la residencia y de la iglesia. Deja construída la residencia y esperaba acabar este año la iglesia, cuyas obras empezó el año último. Tenía ya reunidos cuantos materiales precisaban para la completa construcción de éste que hubiera sido bellísimo monumento, cuando la Divina Providencia se ha servido llamarle á vida mejor.

Al igual que el no menos llorado P. Baurlés, ha muerto víctima de su abnegación y caridad para con los apestados. Envidiemos su suerte, pero lloremos la irreparable pérdida que es su muerte para nuestra pobre Misión. Ambos en la plenitud de la vida, robustos, jóvenes, dotados de cualidades excelentes y hablando correctamente el chino, prometían larga y fructífera carrera apostólica. ¡Y en veinte días la Misión se ha visto privada de su tan valioso concurso!... ¡Y si ellos fueran los últimos! La peste continúa sembrando la muerte en las provincias de Tsi-tsi-kar y de Ghirin, y con fundamento tememos nuevas bajas en nuestras filas ya tan diezmadadas.

Con todo el corazón, del fondo de mi alma afligida, pido á todos oraciones, fervientes oraciones para los pobres cristianos, para los sacerdotes indígenas, para los misioneros y para el Obispo de la Mandchuria septentrional.

Al saber que su amigo el P. Delpal yacía en cama atacado de la peste, corrió para llegar á tiempo de acompañarle, consolarle y asistirle en sus postreros momentos. Este Padre murió al amanecer del viernes 27 de Enero, y el P. Mutillod estuvo aún dos días en la residencia de Hu-lan no sólo para ordenar cuanto había sido de su amigo difunto, sino también para infundir valor y confianza al vicario del P. Delpal, el sacerdote indígena Rdo. Jaime Tchang.

Cuando la mañana del 20 de Enero abandonó Hu-lan, llevaba ya consigo el germen de la terrible enfermedad. Al llegar á su colegio, teatro de su celo y cuna de esperanzas, sintióse gravemente indispuerto... El 31 celebró con pena el Santo Sacrificio.

«Llamado por el paciente, escribe el P. Guerin, acudí sin pérdida de momento y le encontré muy grave. Ya no tenía esperanza de curar. Recibió los Santos Sacramentos en pleno conocimiento que conservó hasta el instante de su muerte, que fué el primer día de Febrero á las once y tres cuartos de la noche. Fué en la muerte ejemplar como había sido en vida.»

El P. Guerin añade:

«Quedo solo en el distrito, y probablemente no tardarán á recibir la noticia de mi muerte. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! ¡Recen por mí!»

¡Qué tristísima, qué desconsoladora impresión causan estas palabras de un hermano, solo en medio de los apesados! Quisiéramos, anhelamos volar á su socorro; pero no es posible. La Autoridad ha prohibido entrar ni salir de las ciudades. Fuerzas del ejército ocupan todos los caminos.

LA PESTE EN TCHE-LY (CHINA)

La peste que devasta la Mandchuria ha invadido el Vicariato del Tche-ly central. Hasta la fecha se ha enseñoreado de una docena de pueblos y los muertos pasan de ochenta. Se han adoptado enérgicas medidas para atajar el avance del azote. A las primeras noticias, muchos misioneros lazaristas rogaron á su Prelado les permitiera ir á administrar los Santos Sacramentos á los apesados. A continuación traducimos la carta que uno de ellos escribió al Ilmo. Sr. Fábregues, después de haber visitado el primero de los pueblos atacados:

Pao-Ting-Fu, 29 Enero 1911.

AYER recibí de V. S. Ilma. la solicitada autorización para ir á ofrecer los postreros socorros de la Religión á los pobres cristianos de Tang-tsuen, la población que acaba de invadir la peste.

Sin pérdida de tiempo salí de Pao-ting-fu, en bicicleta, acompañado de un *boy* y seguí la vía férrea. A corta distancia de la estación de Yu kia-tchuang encontré dos hombres que llevaban un cerdo muerto. Les pregunté de dónde venían y á dónde iban.

—Venimos de Tang-tsuen y vamos á vender esta carne á Pao-ting.

Al llegar á Yu-kia-tchuang expliqué mi encuentro al jefe de la estación, que telegrafió al de la de Pao-ting-fu, para que impidiera la venta de la carne; ¿pero los hombres del cerdo habrán pasado por la estación?

Un kilómetro antes de Tang-tsuen, vestí mi blusa encerada.

Al poco rato alcancé á un enviado del *feng tea*, que también se dirigía al pueblo contagiado. No tomaba precaución alguna.

—¿Va V. á Tang-tsuen? pues yo también. Supongo habrá V. visto lo que acabo de hacer; cambiar de vestido para entrar al pueblo; y para hablar á sus habitantes tendré siempre boca y nariz tapados por una tela embebida de agua fenicada.

Hemos renovado por diez años el voto que hicimos á María Auxiliadora el año terrible de la persecución. ¡Esperamos que tan buena Madre intercederá por nosotros ante su divino Hijo!

Dos palabras más del llorado P. Mutillod.

En el decurso de su ejemplar vida de misionero trabajó con empeño en la formación del clero indígena. Le creó gozando la recompensa que Dios tiene prometida al servidor bueno y fiel. ¡Pero qué hueco tan difícil de llenar deja en estas Misiones! Como no tengo misionero para reemplazarle, deberé cerrar el colegio-seminario del Norte. ¡Y tantas esperanzas que me hacían concebir aquellos alumnos! Formados en la más sólida piedad é instruidos por él, dentro tres ó cuatro años hubieran sido ordenados sacerdotes, y á nuestro lado y al de sus compatriotas ya sacerdotes habrían trabajado con santo celo para extender el reino del Señor... Muerto el P. Mutillod, estas esperanzas mueren. ¡Dios lo ha querido, cúmplase su santa voluntad!

—¿Tiene V. medicina? ¡si quisiera vendérmela, por poca que fuese!

¡Ni agua fenicada tenía! Mojé en ella su pañuelo, regalé un poquito á su cocheró y á dos muchachos que le acompañaban y nos separamos.

Vestido conforme la ciencia aconseja, entré á Tang-tsuen.

Un chino viejo me informa.

—Los apesados están al oeste de la población.

—Y los cristianos ¿dónde viven?

—Al oeste, junto con los demás.

Y me acompañó á la casa del catequista.

Le pregunté:

—¿Cuántos cristianos han muerto?

—Cuatro, Padre.

—¿Pudieron confesarse?

—Fué imposible: ¡mata tan aprisa esta peste!

Juntos nos dirigimos al *Kun sono* (local donde se reúnen los cristianos).

Entro y me rodean quince. El local es pequeño, la atmósfera que respiramos malísima.

—Ya lo veis, queridos hijos míos: la enfermedad es terrible. Confesaos todos. ¡A lo menos estaréis bien dispuestos para comparecer ante el tribunal del Señor, si quiere llamaros!

Uno de ellos, cuyo hermano ha muerto de la peste, se sentía enfermo, le dolía el pecho, espectoraba con frecuencia, tosía ¡y hablaba con todos explicándoles su mal!

Confesé, distribuí los medicamentos que tenía, aconsejé. Dicen que el Prefecto envió gran cantidad de medicamentos, preservativos y desinfectantes: ni un kilo ha llegado al pueblo. Es triste historia esa.

¡Pobres gentes! La temen muchísimo á la peste, pero

no se precaven contra ella, entre otras razones porque no saben qué deben hacer. Entran en la casa de los apestados y con ellos viven; comen y duermen al lado de los enfermos: tienen un pequeñísimo vómito de sangre y... mueren. Por lo que á mí se refiere, si un microbio me ha cogido, dentro un par de días... ¡Dios sobre todo! ¡y todo sea á su mayor honra y gloria!

JERUSALÉN

El Ramadán de los turcos

De una correspondencia del R. P. Fr. Antonio Aracil, O. F. M., entregamos los siguientes párrafos:

UNO de los más importantes actos externos de la vida musulmana y que más altamente pregona su fanatismo religioso es el ayuno del Ramadán, moral precepto que los hijos de Mahoma observan con escrupulosidad rigurosa, y que al mismo tiempo que á ellos les es de gran honor, confunde vergonzosamente la conducta de los cristianos transgresores de la ley del ayuno eclesiástico, tan benignamente mitigado por nuestra Madre la Iglesia, hasta el punto de no merecer ya casi el nombre de mortificación. Para todo fiel mahometano el ayuno del Ramadán es cosa esencial en su religión, y difícilmente se verá uno que niegue á Dios tal tributo.

El profeta Mahoma, que en todo se manifestó muy ducho, supo alucinar con el rigor á los voluptuosos secuaces de su ley, coordinando con las compensaciones del placer los sacrificios de la virtud. Oíd las palabras con que intima este ayuno: «¡Oh vosotros los creyentes! ¡Como para vuestros antenatos os es obligatorio el ayuno! ¡Temed á Dios! La luna del Ramadán, durante la cual bajó el Corán del cielo para guiar por el camino de la salvación á los hombres, es el tiempo destinado al ayuno. Quien la vea aparecer en el horizonte debe disponerse á la abstinencia. Se os permite comer y beber durante la noche hasta la hora del alba, en que podáis distinguir un hilo blanco de otro negro. En dicha hora comienza la abstinencia hasta la puesta del sol. En este tiempo no os acercaréis á vuestras mujeres, sino que os entretendréis en las mezquitas, dedicándoos á obras de piedad. Los enfermos y viajeros compensarán con otros tantos días de ayuno los que por enfermedad ó viaje dejaron de ayunar.»

El año musulmán, llamado Egira, se divide en doce meses lunares, de 29 á 30 días cada uno, y por lo mismo es once días más corto que el nuestro. Así que el mes del Ramadán varía cada año y gira con el tiempo por todas las estaciones, cayendo unas veces en invierno, otras en primavera, en verano ó en otoño.

No bien aparece en el cielo de oriente la luna del Ramadán, para ver la cual se apostan vigías, suena el cañón, anunciando á los secuaces del profeta la aparición del astro, y suben al minarete los *moacines*, invitando al ayuno con sonoros y prolongados cantos. De igual manera se anuncia durante todo el mes, al alba, ocaso, el principio y fin de la abstinencia y al cuadragesimal que se guarda con todo rigor. Durante el día se observa abstinencia completa de todo; no se come,

no se bebe, no se fuma, y ni jaun se puede oler una flor! Lo manda el Corán, y todo hijo sincero de Mahoma se guardará bien de quebrantar el precepto, al menos en público, para no atraerse sobre sí las iras de Mahoma y el desprecio de las gentes. De noche ya es otra cosa; el rigor del día se compensa con la libertad de la noche; en ella todo es lícito: se puede comer, beber, fumar, cuanto se quiera, y aun oler toda flor posible. Libertad en toda línea. Es curiosa la hora de la puesta del sol. No bien éste traspasa los límites del horizonte, suena el cañón, y canta el *moazín* en los minaretes; y el pobre turco, que durante el día en las fatigas del manual trabajo ha aguardado con impaciencia la hora del refrigerio, corre á refocilar sus fuerzas. Los que favorecidos por la fortuna, en vez de trabajar, han pasado varias horas recreados en los brazos de Morfeo con dulce sueño, se disponen también con menor necesidad, si bien con mayor voluptuosidad, á banquetear suntuosa y desenfrenadamente. Para éstos el Ramadán es mes de juerga. Al ayuno están todos obligados, sin ninguna excepción más que la de los niños pequeños. Durante el mes se iluminan los minaretes con farolillos, se frecuentan más las mezquitas, especialmente el viernes en que hacen oración en común, se visitan los cementerios y en todo se muestran más religiosos. El sultán y príncipes, en dichos viernes van en forma oficial á la oración de la mezquita.

La noche precedente al 27 del Ramadán es sagrada para los musulmanes, porque en ella se le mandó á Mahoma desde el cielo el Corán; se le llama en árabe: *Leilet es-kadr.*, noche de la grandeza.

El fin del Ramadán se celebra con festejos civiles y religiosos extraordinarios que duran tres días, llamados *Beirán*, ó sea, rotura del ayuno. La ciudad adquiere entonces el aspecto de las grandes solemnidades.

La nota dominante de estas manifestaciones de fiesta y de alegría la constituye ¿quién lo creería? la visita á los cementerios. Allí se dirigen centenares de personas, en gran parte mujeres, que van á *sufragar* á su manera por los difuntos... comiendo, bebiendo, fumando, cantando, bailando, etc., etc. Dan limosna á los pobres allí mismo, en sufragio de los pobres muertos.

NOTICIAS VARIAS

Roma

El Vaticano y el Imperio chino.—Un mandarín, diplomático chino, ha estado en los Archivos del Vaticano para consultar algunos documentos interesantes de la historia china.

Halló entre ellos una carta de una emperatriz del Celeste Imperio dirigida á un Pontífice, y que llegó á Roma bajo el pontificado de su sucesor, Alejandro VII.

En dicha carta anunciaba la emperatriz su conversión al Cristianismo, y hacía saber que otras tres personas de la familia imperial habían abrazado la fe cristiana.

La emperatriz del Celeste Imperio escribía también al Papa pidiéndole que enviase á China muchos misioneros, especialmente de la Compañía de Jesús.

Este curioso documento está perfectamente conservado y tiene el sello imperial. Unida á la carta de la emperatriz está una copia de la contestación que dió el Papa Alejandro VII.



CHINA.—CEMENTERIO MILITAR FRANCÉS EN PEKÍN.—MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA CAMPAÑA DE CHINA EN 1860, DEMOLIDO POR LOS BOXERS EN 1900.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Limagne. (Pág. 57)

El mandarín diplomático ha reconocido la autenticidad del documento escrito por la ascendiente de su Soberano, y sacará copias de la carta y de la respuesta para enviarlas a Pekín.

La primera iglesia rusa en Roma.—El 13 de Noviembre se abrió al culto la iglesia de San Lorenzo de Monti, que por disposición de Pío X ha sido destinada para uso de la colonia católico-rusa de la Ciudad Eterna, a fin de que pueda oír los Oficios divinos en el propio rito de lengua paleo-eslávica, autorizado por la Silla Apostólica en el siglo IX. En la solemne inauguración pontificó monseñor José Schiro, Arzobispo católico del rito puro, residente en Roma. Asistieron Mons. Mladenoff, Obispo titular de Satala, y varios sacerdotes, quienes, conforme a la liturgia oriental, celebraron juntamente con el Arzobispo la santa Misa en el único altar existente en el templo. Se designó por Rector de éste al archimandrita don Sergio Verighin, que, dirigiendo en Pau la Iglesia cismática, se convirtió al Catolicismo, abjurando sus errores en la abadía de Grottaferrata, perteneciente al rito católico-griego.

Italia

Justa protesta.—El Gobierno italiano ha protestado contra la expulsión de las Religiosas italianas residentes de la colonia portuguesa de Macao. Las Hermanas se refugiaron en las posesiones inglesas de Hong-kong.

Africa española

Tranvía aéreo de las minas del Rif.—En Melilla ha empezado ya la construcción del tranvía aéreo que ha de transportar

los minerales de hierro desde las minas de Uicsan hasta la estación terminal del ferrocarril construido. Por su capacidad de transporte ha de ser uno de los más importantes entre los instalados hasta la fecha.

La longitud de la línea será de 2,420 metros, transportará 150 toneladas por hora, ó sean 1,500 diarias, estando preparados los caballetes para recibir otro cable con la misma capacidad, ó sea en total 3,000 toneladas al día. Los baldes llevarán una tonelada cada uno, y el tranvía será movido por una máquina de 60 caballos.

La instalación se hace por la casa Ropeways Limited, de Bilbao, constructores de los tranvías sistema Roe, bajo la dirección del ingeniero Mr. James F. Ludsay.

Africa.

Ecos del Muni.—De una carta que desde el Muni escribe el Rdo. P. Demetrio Galache, que pasa largas temporadas en aquellos ríos en cumplimiento de su ministerio, entresacamos algunas noticias.

Se está construyendo una importante Reducción en uno de los montículos próximos al río Otoche.

En dicho río se ha apoderado grande temor de sus habitantes por las hazañas que va haciendo un tigre: de un solo pueblo se ha llevado 17 cabras. Las pocas que se han salvado de sus uñas, las tienen amarradas.

No ha mucho me aseguraban, dice el Padre, que nada podía el tigre contra ellos, pues los mbikos, que antes habitaron este río, habían puesto «medicina» en una grande planta de goma, a la que tenían grande veneración, sin atreverse jamás a cortarla por temor de experimentar grandes males.

Muchos de los europeos que por allí pasaban, se complacían en dar á la planta algún machetazo, á fin de disuadirles de su creencia. Pues bien, al tratar de avergonzarles ahora porque á pesar de su «benéfica» planta el tigre ha hecho de las suyas, me contestan que precisamente ha ocurrido eso por los machetazos que los blancos dieran al «sagrado árbol.» Ellos siempre han de quedar con la suya.

Basilé

MISIONEROS agradecidos.—Copiamos del último número de *La Guinea Española*: «Tiempo ha que deseábamos los Misioneros de Basilé expresar públicamente nuestro profundo agradecimiento á las reverendas Religiosas Adoratrices de Barcelona, por el precioso regalo que se dignaron hacer á nuestra iglesia.

Es un primoroso estandarte del Corazón de María, que en las procesiones se ondea en estas alturas. El trabajo de las Adoratrices reúne las cualidades de sencillez y elegancia.

Sobre raso blanco, rodea la simpática imagen del Corazón de María una graciosa guirnalda de flores y hojas de varios matices en aplicaciones, las cuales van contorneadas con un cordón del mismo matiz de la aplicación.

El reverso lo forma el escudo de la Inmaculada, rematado con la corona imperial y salpicado de brillantes lentejuelas que producen magnífico efecto. Reciban las dignas Religiosas nuestra más expresiva acción de gracias y con nosotros se la tributan la Comunidad de las Religiosas Concepcionistas, los numerosos Colegios y todos los fieles de nuestra feligresía, blancos y de color.

Cartago

NOTABLE hallazgo.—En las obras de excavación que se están practicando en las ruinas de Pompeya, se ha descubierto el cadáver de una mujer petrificada y adornada de joyas de gran valor. Sus brazaletes, collares y cadenilla pendiente del cuello demuestran que se trata de una mujer de la alta sociedad romana. Lleva, entre otras cosas, dos anillos, compuestos cada uno de veintiuna perlas dispuestas en forma de racimo.

Abisinia

Los abisinios aumentan su armamento.—Hace poco el Gobierno de este país compró al Japón 60,000 rifles militares con sus accesorios, y una dotación de cerca de seis millones de cartuchos. Estos fusiles y estas municiones hacían parte del botín que los japoneses tomaron á los rusos en Port-Arthur durante la última guerra.

Canadá

INCENDIO.—Durante la noche del 4 al 5 de Enero un incendio se declaró en el colegio de San José, de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, de Quebec. El edificio fué completamente destruido.

Estados Unidos

NUEVA fundación.—La Rda. Madre María Rubio, secretaria de la Superiora General de la Orden de Santa Teresa de Jesús, cuya Casa madre se halla en Barcelona, llegó hace poco á San Antonio, Texas, para arreglar la fundación en esa ciudad de la primera Casa de su Orden en los Estados Unidos.

ESPLENDIDEZ yankee.—Durante el año pasado han sido extraordinarias las donaciones para fines de beneficencia en los Estados Unidos: agregan un total de ciento cuarenta y dos millones de pesos. De esta suma, 98.000.000 de pesos provenían de donaciones, y 44.000.000 de pesos de legados. Los fines á que fueron dedicados son los siguientes: Obras varias

de beneficencia 56.000.000 de pesos; educación 61.000.000; instituciones religiosas 13 000.000; museos y mejoras públicas 10.000.000. Los que dieron más fueron Andrés Carnegie y John D. Rockefeller. Unos veinte millones fueron dados por mujeres. Las instituciones católicas que fueron favorecidas durante el año son las siguientes: el Colegio de Santa Clara, California, 200.000 pesos por varias personas; la Universidad de Loyola, de Chicago, 130.000 por M. Cuhy; la Catedral de S. Patricio, de Nueva York, 500.000 por varias personas; las obras de beneficencia de Filadelfia recibieron 100.000 del Sr. Miguel Corr; la Universidad Católica de América, 100.000 de la Sra. Lusby; el Asilo para niños tullidos, 100.000 del Sr. James Kernan, de Baltimore; el Colegio de Santo Tomás, 175.000 de varias personas. El Padre Healy, de Gloucester, Mass, legó 250.000 pesos para obras de beneficencia. Hubo además un gran número de donaciones de menos de cien mil pesos, entre las cuales notamos la de un judío, Sr. J. Friedenwald, que murió en Baltimore el 24 de Diciembre, dejando dos mil pesos al Cardenal Gibbons como muestra de aprecio por su persona.

Brasil

Misión de San Antonio do Prado.—Dice una relación que leemos en *El Mensajero Seráfico*: «San Antonio del Prado está 100 kilómetros en el interior del bosque. Es increíble lo que aquí han hecho los misioneros franciscanos desde 1898, en que no había más que bosques y salvajes. Los Franciscanos han formado una colonia que cuenta ya con 2.000 habitantes, poco ha salvajes. Alegra ver aquellos hijos de la selva, que ayer apenas sabían hablar, hoy con instrucción elemental perfecta, pues muchos saben leer, escribir, contar, Historia, Geografía, Artes y Oficios. El Gobierno ha hecho su tranvía de 21 kilómetros, ha puesto teléfono y subvenciona á la Misión con 18.000 liras «mensuales». Ayudan á los Padres las Hermanas terciarias Capuchinas que tienen á su cuidado las niñas. Ourén es la tercera estación que tienen los Franciscanos en esta región; dista de la anterior dos días á caballo; fué fundada á ruegos del Gobierno en 1906, para ir avanzando en la civilización de aquellas incultas y ricas comarcas. Es un remedo de la anterior colonia, que el Gobierno subvenciona con 12.000 liras mensuales. Han abierto dos escuelas: una para cada sexo, y de ellas, como de lo demás, cuidan dos Padres y varias terciarias Capuchinas; su porvenir, hoy por hoy, es muy halagüeño.

Allí, el misionero lo abraza todo: la ciudad y el campo, los civilizados y los salvajes; colegios, hospitales, colonias, sanos, enfermos, y cuando uno considera que toda aquella obra es de veinticuatro sacerdotes, es necesario reconocer que la nota característica de aquella Misión es una actividad pasmosa, un entusiasmo inusitado por las obras del ministerio apostólico.

Colombia

HAZAÑAS masónicas.—De cuatro años á esta parte la Masonería ha tomado gran vuelo en la costa atlántica, especialmente en Barranquilla, donde el jefe de los masones, un tal Baena, tiene un periódico, *El Siglo*, en que impugna cuanto puede á la Iglesia. Un Doctor Estrada, publicaba otro periódico en que rebatía al *El Siglo* con tal fuerza, que resolvieron deshacerse de él. Un hermano del jefe de los masones desafió á Estrada, y como éste no quisiera admitir el duelo, lo mató á traición. Quisieron dar al hecho el color de disgusto personal, pero unos escritores de Cartagena demostraron con evidencia lo contrario, y el Sr. Arzobispo se expresó claramente en el asunto de que aquello era asesinato masónico. Los del

mandil, pues, que ya tenían otras quejas contra Su Señoría, buscaban ocasión de perderlo, y la encontraron en la operación que él hacía para asegurar los bienes de la Iglesia contra la rapacidad masónica. La secta tenebrosa promovió, pues, unos motines del populacho contra el Sr. Arzobispo los días 10, 11 y 12 de Diciembre pasado. Para calentar las imaginaciones é «ilustrar» los entendimientos de los manifestantes, repartieron gratis y á cántaros licores embriagantes entre la muchedumbre. Como era de esperar, estos sucesos fueron desfigurados por la prensa sectaria.

Chile

NECROLOGIA.—Ha fallecido el Rdo. P. Pedro Mas, religioso de la Congregación de Hijos del Inmaculado Corazón de María, el cual nació en el pueblo de Balenyá (Vich, Cataluña), el 3 de Abril de 1827. Hizo su profesión religiosa el 25 de Diciembre de 1870, y destinado por la obediencia llegó á Chile el 22 de Mayo de 1872.

Aparte de los méritos contraídos, cábele al P. Mas la gloria de haber contribuido poderosamente á la construcción del elegante templo que los Misioneros levantaron en Santiago al Corazón de María, del cual se puso la primera pie-

dra el día 5 de Marzo de 1876, y que á pesar de la grandiosidad de la obra, fué terminado y consagrado el 7 de Diciembre de 1879, habiendo el Rdo. Pedro Mas trabajado por sus propias manos todo el zócalo de piedra.

¡Descanse en paz el sabio catalán!

China

Qué población tiene?—La población de este enorme hormiguero humano que se llama el Imperio Celeste ha sido siempre un enigma. Según los diferentes cálculos, el número de sus habitantes variaba en la friolera de cien millones: según unos, el número de chinos no era menos de 420 millones; según otros, no era mucho más de 320 millones. La razón de esta incertidumbre se hallaba en el modo de tomar el censo. Como éste sólo servía para facilitar la tasación, no se contaban ni los niños ni los viejos. El año pasado las autoridades chinas hicieron tomar el censo según los métodos modernos, y se halló que el número de habitantes en China llega á 439.000.000. La provincia de Mandchuria, que tienta la codicia de rusos y japoneses, tiene una población de diecisiete millones. Falta saber si este censo es fidedigno.

LA HIJA DE UN MANDARÍN



TENGO el gusto de enviarle adjunta una fotografía de una mandarina china rodeada del cortejo de sus esclavitas que le sirven el té, le abanican y le ofrecen la pipa. Y como ella, hoy fervorosa cristiana, no carece de historia, me permiti-

rá el lector que en dos palabras se la cuente, para que sirva de edificación y consuelo á los amantes de las Misiones en países infieles, que con sus limosnas cooperan á la conversión de los infieles gentiles...

La heroína de esta historieta es una flamante joven de dieciséis años llamada *Ngae kin tsé*, que significa amor de oro, ó perla de amor. Nacida en la provincia del She-tchoang, su padre pertenecía á la carrera mandarinal, así como también su madre era de la aristocracia china. Sus padres se consideraban los seres más felices del mundo encontrándose en posesión de bienes de fortuna, alta posición en la sociedad china, y agradecidos á sus dioses que les concedieran un hijo varón, el primogénito, y una bella hija. Pero la felicidad de este mundo es ilusoria y pasajera, y *vanitas vanitatum*, que dice el Kempis. Al volver el mandarín de un banquete, á que había sido invitado por el Prefecto de la ciudad, se sintió enfermo con agudos dolores de cabeza; sobrevino la fiebre, el tifus, y á los pocos días era cadáver.

¡Justos designios de Dios! Apenas habían terminado las ceremonias y libaciones del duelo mandarinal, cuando la mandarina cayó también enferma y al poco tiempo fué á unirse con sus antepasados, según frase común entre los paganos. El joven, único heredero del nombre y de la fortuna de sus padres, fué agasajado, adulado por la corte de mandarines, mientras que para la niña apenas si había palabras de consuelo. Triste en

verdad y desconsoladora era la situación de la joven, toda vez que la ley china no concede á la mujer derecho alguno á la herencia de sus padres. Muy contra su voluntad y á pesar de ser niña de 15 á 16 años, fué vendida á un rico mandarín del Shensi. Llorando á lágrima viva, dice ella misma, y protestando con toda su alma, abandonaba su patria y la casa de sus padres, para ella de tan dulces recuerdos. Sin embargo, no dejaba de lisonjearla la idea de que iba á ser la mujer legítima de un rico mandarín. ¡Cuál, pues, no sería su sorpresa, cuando al llegar á la casa de quien ella creía había de ser su marido, se encuentra en que lejos de constituirle en el rango de primera y legítima esposa, se la colocaba en cuarto lugar entre las varias concubinas de aquel vejete! ¡Terrible humillación para su altivez natural de hija de mandarines! En estos casos á la mujer china no le queda otro remedio que llorar y sufrir. Y sufría lo indecible. En tal situación la pobrecita determinó tomarse una buena dosis de opio, si podía proporcionarse la terrible droga, pero al mismo tiempo, recordando haber oído hablar alguna vez, quien sabe si con desprecio, de la Religión católica, de la Santa Infancia sostenida por los misioneros católicos, de la vida de virginidad á que se consagran algunas jóvenes chinas en bien de sus almas y de las de sus prójimos, concibió la idea de fugarse de aquella casa y refugiarse en la Misión, distante de allí 40 lys (1). Después de mucho reflexionar y firme cada vez más en su propósito, comunicó á una de las esclavas el proyecto y deseos que abrigaba, determinando ambas darse á la fuga, vestida la mandarina en traje vulgar para de nadie ser conocida.

Pronto el mandarín hubo de apercibirse de la falta de su concubina y de la esclava. Envió emisarios por

(1) Un «ly» tiene 600 metros próximamente.

todas partes y puso carteles en cada esquina, prometiendo un premio al que capturase á los fugitivos. Ellas, una vez á la calle se separaron, conviniendo en que habían de encontrarse á Tung-yuan-fang. La pobre esclava fué capturada y conducida á presencia del mandarín, el cual para aterrorizar á las otras hizo hervir una gran marmita de agua, y atada de pies y manos la esclava, fué quemada viva.—Verdaderamente horroriza referir tanta crueldad.

En el entretanto nuestra mandarina continuaba felizmente su camino, y para la noche, que se le venía encima, se encargó la Providencia divina de proporcionarle seguro refugio en casa de una viuda pagana, pero muy agradecida á los católicos, pues había sido curada y caritativamente asistida durante una enfermedad que padeció en nuestro hospital. Comprendiendo la mandarina que se trataba de una vieja de natural bueno, no dudó en manifestarle su situación peligrosa. Y la buena viuda, lejos de delatarla, se apresuró á proporcionarle uno de sus sobrinos que á las primeras horas de la madrugada la condujese á la Residencia.

No puedo olvidar la impresión que me causó cuando, celebrando la santa Misa en la capilla de las Franciscanas Misioneras de María, se me presenta aquella agraciada joven, de finísimos modales, aire aristocrático y piecitos tan excesivamente pequeños que me daban á entender se trataba de una joven nada vulgar. Cuando ella hubo explicado su situación me encontraba dudoso y perplejo sobre la resolución que conviniera tomar. Bien reflexionada la cosa, la prudencia me aconsejaba no recibirla, pues podían temerse complicaciones, porque no me parecía que *su amo* la dejara fácilmente. No obstante mi parecer, la Superiora de las Franciscanas Misioneras de María, dotada de un gran corazón y movida á compasión por las lágrimas é instantes súplicas de la joven, quiso hacer los posibles para salvarla. En este caso escribimos á nuestro señor Obispo explicándole el caso, y su contestación fué determinante: «Se trata de salvar el alma de esa joven, decía, y acaso también su vida temporal, porque de ser restituida al mandarín, se encuentra en inminente peligro ó de suicidio ó de asesinato. Si el mandarín, añadía, exige la devolución de lo que, dadas las costumbres de China, es suyo, hay que entregársela, la justicia lo exige; esto no obsta para que se haga cuanto sea posible en favor de esa criatura.» El mismo señor Obispo venía días después á la Residencia, y descubierta que fué la morada de *Ngae kin tse*, el mandarín envió una misión que habló con el señor Obispo el cual intercedió por la culpable ó víctima—como se quiera llamarla—y con tanto tacto lo hizo y conocimiento del modo de ser de los chinos, que el mandarín, movido acaso por un impulso de la gracia divina, terminó por perdonar y abandonar á la niña y aun por rogar al señor Obispo que la acogiera bajo su protección y amparo, y la cuidase como hija suya espiritual, renunciando por completo á los derechos que sobre ella pudiera tener. Imposible describir la alegría de la joven *Ngae kin tse* al tener noticia de la resolución definitiva del asunto. Entregóse

de lleno al estudio del catecismo, de los dogmas y verdades de nuestra santa Religión, y como estaba bien instruída por sus padres en la literatura china, le fué fácil el estudio de la Religión, haciéndose digna de ser



SHENSI-SIANFU (CHINA).—NGAE-KIN-TSE Y SU CORTEJO DE ESCLAVITAS.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Iruarizaga, O. F. M. (Véase el texto).

regenerada bien pronto con las aguas saludables del Bautismo. Hace dos años ocurrió esta historia, y la joven continúa hoy en esta santa Casa siendo el ejemplo y la admiración de las demás niñas de la Santa Infancia, y tan fervorosa y amante de Jesús Sacramentado, que todo su gusto es acercarse cada día al banquete eucarístico, siendo también sus delicias hacer la vela al Santísimo Sacramento durante las horas de la mañana que permanece expuesto en la capilla de Franciscanas Misioneras de María.

¡Virtud salvadora la de la Religión cristiana que ha ennoblecido á la mujer, sacándola de su abyección y abatimiento, y dignificándola cuanto ella se merece, hasta convertirla en compañera del hombre!

¡Mujeres españolas, sed agradecidas á la Religión del divino Crucificado, y tended una mirada compasiva á estas mujeres chinas, que ni imaginar siquiera pueden la placidez y bienandanza de un hogar verdaderamente católico! ¡Tened, sí, misericordia y cooperad al sostenimiento de las Misiones, que Dios os devolverá centuplicado en la otra vida y aun en la presente, derramando sobre vuestros corazones sus copiosas bendiciones!

Y encomendándome á las oraciones de cuantos leyeren esta historia, en todos sus detalles verídica, me ofrezco humilde servidor y capellán,

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA, *Franciscano,*
Misionero Apostólico.

Shensi-Sianfu, Julio, 1910.

LA TRAPA CHINA DE YANG-KIA-PINN

POR EL R. P. LIMAGNE, DIRECTOR DEL INSTITUTO SAINT-JOSEPH EN MONTLUÇON (FRANCIA)



ENTREMOS á la Trapa.

Nos hallamos entre dos cuerpos de edificio levantados sobre un mismo plano, orientados uno al Este y otro al Oeste. En ellos hay el dispensario, cuartos para los enfermos y los huéspedes, y el vestuario.

En los extremos de este largo edificio, pero algo separadas, se extienden dos alas que forman con él ángulo recto. Los chinos no saben unir dos construcciones, y dejan un pequeño espacio entre ellas. El ala del Este está destinada á sala de lectura de los Hermanos conversos, á aposento de su Padre Maestro y á Biblioteca (ésta cuenta 2,500 volúmenes). El ala del Oeste está destinada á dormitorio de los Padres profesos; entre las dos filas de alcobas hay un corredor de un metro y medio de ancho.

A lo largo de estos tres edificios corre ancho alero que pone á los Religiosos á cubierto de la lluvia, circundando un patio al que da nombre una imagen del Sagrado Corazón que se levanta en el centro. El lado Norte del patio lo forman la fachada de la iglesia y un grandioso edificio que une aquélla con el dormitorio de los conversos.

Al otro lado de la iglesia, y á continuación del dormitorio de los Padres de coro, hay el patio y los edificios destinados á Noviciado. Los chinos tienen que aguardar nueve años para su admisión definitiva, uno como postulantes, tres como novicios y cinco como profesos.

Junto al aposento del Reverendísimo Padre Abad se encuentra la sala del Capítulo. Las salas del Capítulo de las Trapas de Sept-Fonts, China, Brasil y Japón, no difieren casi en nada. En el fondo la silla abacial: en el lado opuesto un altar que remata un diminuto Niño Jesús de Praga, y en el cual veneran al Sagrado Corazón acompañado de la Virgen y San José; en las paredes laterales cuadros, grabados y fotografías representando á León XIII, Pío X, el Ilmo. Sr. Marre, General actual de la Orden, su predecesor el Rmo. P. Wiart, el Ilmo. Sr. Favier y el antiguo Abad de la Trapa china, Dom Bernard.

A través de las ventanas de la sala capitular divisamos un tercer patio rodeado de un claustro y limitado al Este por el dormitorio de los Hermanos, al Norte por el refectorio y al Oeste por la iglesia. Es el patio de la Santísima Virgen.

Nos hace más agradable la visita del refectorio el encuentro del Hermano Raymond, encargado del mismo.

La historia de la vocación de este buen Religioso es interesante. En 1899 un indígena llamaba á la puerta de la Trapa solicitando ser admitido como novicio. ¡Un

IV.—Visita del Monasterio

chino de 52 años que quiere entrar como novicio y no lleva ni siquiera una carta de recomendación! No es admitido. Pero él insiste. Pedirá cartas de recomendación, las obtendrá y se hará Hermano converso. Las cartas llegan por fin después de hacerse aguardar ocho meses; como son completamente satisfactorias, se le abre la puerta, y héle aquí convertido en Hermano converso. En el mundo ejercía las funciones de catequista y de maestro de escuela. La *Vida de los Santos Padres en el desierto*, que leía con avidez, parecióle envidiable, y al leer en el prólogo que tales monasterios florecían á la sazón en Europa, á pesar de los reproches de su confesor, realizó sus economías, y se dirigió á Tien-Tsin con objeto de embarcarse para Europa. Allí encontró un misionero italiano á quien manifestó su proyecto.

—Pero ¡cómo! le objetó el buen sacerdote, ¿á qué ir á buscar á Europa lo que hay en China?

Inmediatamente se puso en camino para Yang-Kia-Pinn, y hoy edifica grandemente á sus Hermanos con sólidas virtudes.

—
Visitemos ahora lo que nadie está dispensado de visitar por lo menos una vez: el cementerio.

Contiguo al Noviciado, el cementerio es el libro más instructivo que hojea el Trapense. Los muertos enseñan el arte de vivir.

Siete cruces de madera nos dan la población actual de esta necrópolis: cinco Religiosos chinos y dos franceses, el Rdo. P. Ephrem, Prior, y Dom Bernard, Abad. Una capilla dedicada á San José nos recuerda que si toda la Trapa no es un cementerio, es debido á la protección del Santo Patriarca, que alejó de ella á los Boxers.

—
Tendríamos que visitar todavía una segunda granja que lleva el nombre del Padre nutricio de Jesús, luego los campos que rodean el monasterio, y finalmente los trabajos de irrigación, que permiten aprovechar todas las gotas de agua disponible, hasta el punto de poder regar cuantas tierras lo necesitan. Pero hay algo más digno de estudio en la Trapa que una vaquería, un campo de trigo ó una canalización de agua. Hay el alma valiente y original de estos frailes franceses que roturan en silencio tierra de China, y el alma no menos valerosa de estos frailes chinos, que saben dominar y vencer la fuerza obstinada de sus antiguas costumbres y sujetarlas á reglas tan austeras que sus antepasados ni siquiera habían soñado. Mas los labios son mudos en la Trapa y las almas están cerradas á toda curiosidad indiscreta.

Si no podemos penetrar la vida íntima de un Trapense chino, por lo menos nos es permitido penetrar la intensa vida religiosa de esta casa.

El trabajo es rudo. El cultivo de los campos es difi-

cilísimo á causa de los declives y de la pobreza del suelo, de la temperatura, que es inclemente, y de los apuros de labranza, que son muy primitivos. La construcción de los edificios claustrales no es menos penosa. Hay que sostener una lucha homérica con el monte y abrir sus flancos para sacar bloques, que luego, á costa de fatigas excesivas, hay que trasladar al lugar de la construcción. Y esta tarea inmensa, aplastante, adelantada tan aprisa, que puede preverse ya el día no lejano en que la Trapa estará completamente lista.

Las virtudes familiares al Trapense no son aquí suficientes si no las eleva al heroísmo. La pobreza es de regla y de necesidad: pobreza en la alimentación, que, aunque puede causar envidia á un chino, es desconcertante para un europeo; pobreza en el vestido, el cual raras veces es de lana y casi siempre de algodón, y pobreza en la exigua habitación, que ni siquiera tiene el *confort* autorizado por el Fundador.

El mutuo apoyo exige un profundo olvido de sí mismo y un gran espíritu de fe que nos haga ver en todo hombre un hermano en Nuestro Señor. ¡Qué espíritu sobrenatural precisa para fundir todas las divergencias que nacen de la diferencia de edad, de educación, de temperamento y de nacionalidad!

La piedad de estos frailes es conmovedora. Mientras recorremos los claustros, algunos están haciendo el *Via Crucis*. No hacen caso del visitante, por raras que sean sus apariciones. En las horas de libertad ó de recreo hay mucha afluencia á la iglesia; y cuando llega la del Oficio, no creería uno estar en China: es la misma liturgia de los monasterios europeos la que aquí está en vigor, y la célebre *Salve Regina* cisterciense, que á la salida de Completas llena cada noche las bóvedas de la iglesia de Yang-Kia-Pinn, es exactamente la misma que vibra hace siglos en las abadías francesas de Sept-Fons y de Aigue-Belle.

V.—Historia de la Abadía

En 1870, durante el Concilio Vaticano, el Ilmo. señor Delaplace, Vicario apostólico del Tchely Norte, encontró en Roma una persona de la ilustre familia de los Stolberg que se disponía á entrar en el Carmen de Uccles, cerca de Bruselas, y recibió de la misma una cantidad para que fundara en su Misión una obra cualquiera á su elección.

El Ilmo. Sr. Delaplace pensó, naturalmente, que la mejor obra que podía emprender era el establecimiento de los Trapenses en aquellas montañas, y estaba tanto más seguro de lo acertado de su elección, cuanto que el Concilio regional de Pekín había ya manifestado igual deseo, y el Cardenal Simeoni, Prefecto de la Propaganda, había ensalzado grandemente aquella empresa. El Rdo. P. Favier, á quien el Ilmo. Sr. Delaplace encargó el asunto, propuso esta fundación á varios monasterios franceses. Dom Ephrem Seignol, Prior de la Trapa de Tamié, y su superior inmediato, D. Jerónimo Guenat, Abad de Sept-Fons, aceptaron la proposición y resolvieron trasladar á China la pequeña Comunidad de Tamié, á la sazón muy castigada con diferentes pruebas.

Antes de salir de Europa Dom Ephrem se dirigió á Turín para visitar á su amigo Dom Bosco.

—¿Qué nombre me aconsejáis para mi pobre fundación de China? le preguntó.

—Nuestra Señora de la Consolación, respondió el hombre de Dios, y al dorso de una estampita de la Consolata de Turín, piadosamente conservada en la iglesia de Yung-Kia-Pinn, escribió estas palabras:

«¡Que Dios os bendiga á vos y á vuestras obras, y que la Santísima Virgen os otorgue su valiosa protección!»

El Rdo. P. Ephrem partió, pues, acompañado de un Hermano converso en la primavera de 1883. En el otoño del mismo año se le sumaron dos Padres y otro Hermano, procedentes del monasterio de la Grâce-Dieu. Luego, habiendo tomado mejor giro los asuntos del convento de Tamié, los Padres procedentes del mismo volvieron á él, y ya no se acordaron más de los chinos. Hasta los dos Hermanos que habían ido con el Padre Ephrem le abandonaron, y dejaron á aquel viejo enfermo y á dos Padres, jóvenes é inexpertos, para fundar la Trapa china.

Había, pues, que reclutar allí mismo, so pena de quedarse sin reclutas. Abrióse una escuela para niños, donde los mejor dispuestos fueron preparados para el sacerdocio, con el estudio del latín, y los demás para la vida religiosa como Hermanos conversos con ejercicios de piedad. Un sacerdote chino, el P. Ouen, vino á sumarse á aquellos tres Padres, lo que les comunicó nuevo aliento, y poco tiempo después, en 1887, les llegaba de Sept-Fons el que hoy es Abad de la Trapa china de Yang-Kia-Pinn.

El mismo año, Dom Bernardo Favre, uno de los Padres venidos en 1883, reemplazó al Rdo. P. Ephrem, á quien sus enfermedades únicamente le permitían edificar á sus Hermanos con su profunda humildad y piedad ardiente. La fundación era ya una Trapa. En 1892 fué erigida en abadía bajo la autoridad de Dom Mario Bernard Favre, quien recibió la bendición abacial en Sept-Fons, de manos del Ilmo. Sr. de Dreux-Brézé, obispo de Moulins.

Actualmente el monasterio cuenta veinticuatro profesos de coro (ocho europeos, seis de los cuales son sacerdotes, uno diácono, otro subdiácono, y dieciséis chinos, entre los que hay cuatro sacerdotes y dos diáconos), dos novicios y cuatro oblatos de coro, treinta y cuatro profesos conversos, tres novicios y cinco postulantes chinos; total setenta y dos Religiosos.

Quizás os preguntáis cuántas vejaciones deben haber sufrido los Trapenses por parte de los chinos. Ninguna.

Únicamente dos veces el mandarín de Suen-hoa-fou procedió á una visita domiciliaria, pero con una delicadeza y unos miramientos á los que no están acostumbrados los Religiosos franceses.

Lo que motivó la primera visita fué el que los monjes, teniendo que arrancar piedra, se sirvieron de la dinamita. Las gentes del vecindario se asustaron al oír las detonaciones, creyendo que ponían en gran peligro su suelo natal. Advertido el mandarín, se dirigió á la Trapa, inspeccionó los trabajos, oyó con interés las

explicaciones que se le hicieron y se rió de la pusilanimidad de sus compatriotas.

La segunda visita no tuvo más grave motivo. Los chinos habían encontrado en Tien tsin, camino de la Trapa, una tajadera ó cuchilla mecánica y una bomba de riego. Su imaginación transformó al instante aquellos dos inofensivos instrumentos agrícolas, uno en una formidable máquina de guerra y el otro en una cuchilla para cortar la cabeza de los niños.

El Procurador de los lazaristas de Pe-táng tuvo noticia de que el mandarín de Suen-hoa-fou debía ir á inspeccionar las terribles máquinas, y aconsejó á los Trapenses devolvieran la tajadera y se quedaran sólo con la bomba. El mandarín vino, efectivamente, con una pequeña escolta, y examinó la bomba, que pareció no sorprenderle. Antes al contrario, cuando el P. Ephrem arrojó un chorro de agua fría sobre los espectadores, que huyeron despavoridos, él se echó á reír de buena gana.

—Ya sabía qué era una bomba, exclamó, pero á esas gentes que aún no lo sabían era preciso enseñárselo.

La visita de la Trapa fué cordialísima, y, de regreso á su residencia, el mandarín declaró en el informe que «los europeos de Yan-Kia-Pinn eran gente buena y excelente.»

El obstáculo más difícil de vencer era la falta de recursos.

El Ilmo. Sr. Delaplace había proporcionado el terreno y sufragado la construcción de la Hospedería y del dormitorio de los Religiosos de coro. ¡Pero cuántas cosas necesarias faltaban!

No se sabía dónde encontrar nuevos recursos. La fundación no era obra de Tamié, ni de la Grâce-Dieu, ni tampoco de Sept-Fons. Por otra parte, Tamié y la

Grâce-Dieu apenas se bastaban á sí mismas, y Sept-Fons, que de buena gana hubiera admitido la Trapa de Yang-Kia-Pinn en su filiación, tenía que atender á sus verdaderas hijas y hacer frente á sus propias necesidades.

En China túvose por fin la idea de sacar provecho de los albaricoques salvajes, muy abundantes en aquellas montañas y cuyos huesos se venden bastante bien. Pronto fueron injertados algunos millares de albaricoques.

La tierra estaba cubierta de rocas y erizada de malezas. Se arrancaron éstas y aquéllas (hubo roca que para arrancarla se necesitaron quince días) y se niveló el terreno. Y los nabos, berzas, zanahorias y habichuelas, y, en fin, toda suerte de legumbres europeas y chinas, entre éstas la *pei tsai* (col china), que es reputada por la mejor, fueron cultivadas con abundancia é impidieron y siguen impidiendo todavía que los Trapenses sufran hambre.

El producto de la venta de albaricoques y algunos honorarios de Misa permitieron comprar lo que la propiedad no podía producir: trigo, arroz, aceite, tela, etcétera, etc. Dos colectas hechas en Europa por Dom Bernard, algunos donativos anónimos, un importante legado del Ilmo. Sr. Tagliabue y algunos millares de francos donativo de la Grande-Chartreuse y del R. P. M. de Gnebriand, misionero en el Su-tchuen, permitieron continuar las obras. Pero los prestamistas más generosos y más desinteresados fueron los lazaristas de Pekín.

Las dificultades parecían allanarse cuando se desencadenó en China una formidable tormenta que poco faltó para que no arrastrara la Trapa en el torrente impetuoso de sus ruinas.

En el próximo número hablaremos de la insurrección de los Boxers. (Concluirá).

RECUERDOS DE MI MISIÓN

(Continuación)

ESTE era el verdadero motivo por qué venía al Catolicismo, aunque en apariencia, y acosado por mis preguntas y admiraciones, confesase, como hacen todos los que se convierten, que su fin era simplemente espiritual, trayendo al efecto mil pruebas insulsas que en el acto se le ocurrieron, llamando á mi Religión, que para nada conocía aún, santa y santísima, contando de ella mil maravillas y mil barbaridades que causaban, no risa, náuseas, y asegurando, en suma, que tanto él como su mujer é hijos, pues éstos según él se sentían aún en mayor grado llamados al Catolicismo, estaban dispuestos á sufrir todas las pruebas á que yo creyese conveniente sujetarles antes de aceptarles oficialmente en el número de los fieles de la Iglesia.

Estaba en verdad ante el hecho que nos refiere la historia de la conversión del párroco caldeo cismático de Raban-Hormuz, Juan Sulaka, quien habiendo sido elegido por tres Obispos y algún clero de sus correligionarios para suceder en el Patriarcado á Simeón V, contra el uso hasta allí establecido de que sucediese siempre en la silla patriarcal alguno de los sobrinos del

finado, y contra la mayor parte de la población nestoriana, que, conforme al uso, quería hacer subir á la silla al único sobrino que de aquél existía, Bar-Mama, y por otra parte no pudiendo ser consagrado á falta de un metropolitano consagrante, según exigían los cánones nestorianos, entonces recurrió al expediente de marchar á Roma, hacer una profesión de fe correcta á los pies del Papa Julio III, y recibir de manos de éste la consagración, después de muchas súplicas (1). Si se mira á la parte externa del hecho, no obstante de no dudar de la sinceridad de la conversión, no cabe duda que Juan Sulaka se hizo católico por conseguir ser consagrado, y sus partidarios le siguieron en el Catolicismo por abolir para siempre el uso que hacía á la dignidad patriarcal patrimonio de una familia, pero el caso es que Julio III les aceptó al Catolicismo después que abjuraron sus errores y aceptaron las demás condiciones necesarias al efecto, y aquellos fueron los primeros católicos de rito oriental en Turquía ó en Armenia, y ellos

(1) Véase A. D'Abril, *La Chaldée chrétienne*, 2.^a edit. (París, 1882, pág. 43).



CHINA.—COMUNIDAD DE LA TRAPA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Limagne. (Pág. 57).

abrieron la puerta á las demás conversiones del país; lo mismísimo que sucedió á mi paisano, quien, si no buscaba mitra ni consagración de este pobre pecador, buscaba de él ayuda para alzar su miserable casa, resignándose á trueque de ello, y cuando llegase el caso, no sólo á abjurar los errores del cisma y hacer la profesión de fe católica, la que él decía profesaba ya de todo corazón, sino también á poner en práctica desde aquel momento todo lo que se le ordenase á este fin, ya mandando sus niños á la escuela católica á fin de ser instruidos en la doctrina y prácticas de la Religión, ya procurando él y su mujer conseguir otro tanto por medio de algún catequista ú otra persona del pueblo. Y éste, como Juan Sulaka, era también el primer paisano, mejor dicho, la primera familia (familia compuesta de siete individuos) que durante el tiempo de mi Misión arrancaba el Catolicismo de las garras del infierno, y ella abría, como aquélla, la puerta á las demás conversiones en aquel pueblo.

Otra de las conversiones que se me presentaron fué la de un anciano muy conocido en todos aquellos alrededores. A todo trance quería ser católico. ¿Por qué? Por... por *muchas cosas buenas y santas*, pero en el fondo, según pude comprender, para librarse del cura cismático, y de la mujer del cura, y de los hijos, y de los yernos, y de los sobrinos del cura, con todos los cuales había tenido una camorra fenomenal. Procuré calmarle, me presté para hacer de intermediario entre él y sus enemigos, pero no había medio de convencerle, porque la *verdad* que él afirmaba con juros y perjurios de todo género, era que su conversión obedecía no á miras de venganza, sino más bien y *únicamente* á la

paz, á la caridad, á la justicia y á la santidad en suma que veía reinar en el Catolicismo. Lo tuve seis meses á prueba, sin admitir su abjuración ni su profesión de fe, á pesar de que él, su mujer y su hijo, con la mujer de éste, se fingieron durante todo este tiempo los más diligentes en concurrir á las prácticas religiosas y á la instrucción catequística, y sin embargo nuestro anciano y su gente siguió siempre con el mismo fervor y con el mismo entusiasmo que en su primera determinación, y á todos los principales de la parroquia cismática que durante aquel tiempo se acercaron á él para hacerle cambiar de propósitos, respondía siempre, *erre que erre* «católico soy y católico he de morir.» Hoy sigue fiel de voto de la Iglesia romana.

Otra conversión recuerdo también muy original. Los representantes de tres familias cismáticas, acompañados como siempre del jefe de la parroquia católica, se me presentaron diciendo que querían ser católicos. Aquel día se habló mucho del asunto, se volvió á charlar en los días inmediatos, pero la verdad es que no pude sacar en limpio el fondo de la cuestión, es decir, la verdadera causa que en aquel asunto tan importante había mediado. Desde luego, que tanto ellos como nuestro jefe católico protestaban que los fines eran rectos y santos, pero la verdad es que no podía persuadirme existiese en aquel negocio simple y sencillamente sola la buena fe. De mí no habían oído sermones, tampoco habían asistido á mis catequesis, examinar á fondo las cuestiones religiosas tampoco lo habían hecho ni podían hacerlo, y por otra parte, creo que de mi poder tampoco habían tenido ocasión de presenciar algún estupendo milagro. Y sin embargo, ellos insistían con evi-

dente falta de verdad en que todo esto, y más que todo esto, y sólo esto les traía á la Iglesia de Roma.

Las tres mencionadas familias cismáticas sumaban dieciséis individuos, los cuales fueron reconocidos como católicos, aunque no de una manera oficial, cuatro meses más tarde, y después de haber dado pruebas claras de su sinceridad y haber dejado á salvo todas las condiciones que se requieren en tales casos. No pasó, sin embargo, del hecho mucho tiempo, y me hallé envuelto sin saber cómo en una cuestión civil, por demás complicada, que no sólo me costó muchas idas y venidas á la ciudad, mucha recomendación á empleados del gobierno de la provincia, á los cuales yo no hubiera querido molestar más que en casos urgentísimos, sino que, como es natural, también me originó los gastillos correspondientes. Es el caso que mis tres nuevos conversos estaban en pleito desde años atrás con un principal turco de la capital, quien, injustamente y valiéndose de su influencia, quería arrebatarnos un terreno que aquéllos poseían desde tiempo inmemorial, y no habiendo podido conseguir de la autoridad judicial resolución alguna favorable y definitiva, y viendo por otra parte que si no se daban maña en tiempo oportuno el terreno se les escapaba, de las manos, recurrieron al expediente de hacerse católicos, desde luego que con *toda sinceridad*, con *toda buena fe*, llevados de la *más profunda convicción*, y lo que me ocultaron el primer y segundo día, y el primer y segundo mes, por temor á que yo diese al traste con todo su Catolicismo, me lo manifestaban ahora, después de siete meses y cuando ya tanto ellos como sus mujeres é hijos creían haberme dado pruebas evidentes de ser fervorosos católicos y cuando yo, convencido de ello, les prefería de modo manifiesto en mi estima á muchos otros más antiguos de la Misión. Era ya entonces este asunto una de tantas necesidades de la parroquia católica, era uno de tantos infortunios como podían sobrevenir á mis feligreses, y, como haría cualquier otro párroco por caridad cristiana y como debe hacerse mucho más allí si se quiere obtener algún fruto espiritual, tuve que interesarme cuanto me fué posible por salvar la condición de aquellos desgraciados. La cuestión se falló al fin á su favor, y si uno de ellos, ingrato, volvió de nuevo al cisma, olvidando mi beneficio y sus juramentos de cristiano, los otros dos, reconocidos, permanecen aún fieles á la profesión de fe católica.

De esta índole podríamos ir enumerando un sinnúmero de conversiones, las cuales, si bien en apariencia y en presencia del misionero obedecen siempre á motivos santos, á impulsos interiores del alma, en el fondo tienen su origen ya en la extremada pobreza del individuo, que por medio de la conversión busca la caridad católica; ya en la intención oculta de poder llegar así á tomar estado con una joven católica, que sus padres se resisten á dar á uno cismático; ya también en el deseo de encontrar por este medio más ventajosa salida á negocios temporales; y en muchísimos otros fines de conveniencia y egoísmo.

Una de las más comunes razones que mueven á muchos en aquel país á abrazar el Catolicismo, es el librarse por este medio de la opresión de los caciques turcos de la montaña, opresión que jamás éstos pueden ejercer de la misma manera y tan bárbaramente sobre los ca-

tólicos que sobre los cismáticos, pues de sus injusticias y correrías sobre los feligreses sabe el misionero apelar presto, y sin temor á futuras venganzas ni represalias, á la autoridad de la provincia, poniendo así al cacique en gran embarazo y en duros compromisos de los cuales no se sale sin cuantiosos gastos.



CHINA.—GRUPO DE INDÍGENAS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Limagne. (Pág. 57).

Otra de las razones que más gente atraen al Catolicismo en aquellas montañas, es la distribución equitativa que de las tasas se hace generalmente entre los católicos, entre los cuales el misionero vigila siempre, mediata ó inmediatamente, á fin de que no se filtre un solo céntimo del pobre contribuyente, ni se cargue á éste más de lo que pueden sus fuerzas, muy al contrario de lo que sucede generalmente entre los cismáticos, donde cada cual, máxime los principales y tal vez los mismos parientes del cura, procuran salvarse del mejor modo posible, sin que éste pueda oponerse á la injusticia y al chanchullo por temor á disgustos con los principales de la parroquia, que le podrían mermar bastante el pan, sufriendo el pobre la opresión y las cargas del Gobierno, sin que jamás acabe de cubrir sus deudas por muy grandes sacrificios que se imponga.

Muchas de las conversiones provienen también de la escuela, en la que niños y á veces jóvenes, tratando de continuo con nuestros maestros y demás católicos, y viendo de cerca nuestras prácticas religiosas, nuestras funciones eclesiásticas y nuestros usos, concluyen al fin por encariñarse con todo ello y abrazar el Catolicismo. Estas son, en verdad, las conversiones más sinceras que allí presencié y las de mejor resultado.

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

LA MISIÓN DE MARRUECOS Y LOS POBRES

Cepillos de San Antonio. — Cocina económica. — Ropero. — Caja de Urgencia. — Limosnas sueltas



o intentamos hacer un estudio completo sobre la caridad de los Franciscanos de Marruecos en el orden espiritual, pues esto equivaldría á pretender un imposible: nos limitaremos á decir algo acerca de dicho asunto en el orden puramente material, y aún en éste prescindiendo de detalles que desde luego apreciamos de substanciales, pero de los que no haremos mención por no prolongar demasiado el presente relato.

Para convencerse de las necesidades corporales de las colonias europeas en Marruecos, es menester residir por algún tiempo en el Imperio, introducirse en los patios, penetrar en las barracas, traspasar los umbrales de las miserables viviendas y hablar familiarmente con sus moradores, inspirándoles la más absoluta confianza, á fin de que éstos depositen sus cuitas en un corazón amigo.

He aquí lo que hace el Misionero, lo que viene realizando desde muchos lustros á esta parte; y por eso nadie como él conoce á perfección las miserias en que yacen sumergidas miles de familias que abordan al suelo marroquí, en busca de un pedazo de pan que no siempre consiguen, ó de trabajo que muchas veces no encuentran.

Sin temor de faltar á la verdad podemos asegurar que con frecuencia buscan en vano tantos infelices quien se compadezca de ellos, si no aciertan á acudir al Misionero. El Misionero viene á ser el único que puede y quiere socorrerles. Puede, porque antes se hace él mendigo; y quiere, porque en su pecho arde el fuego de la caridad cristiana. Recuérdese que el Misionero de Marruecos es franciscano, y que su Orden se apellida *Seráfica*.

Héroe de la caridad, el Misionero en cuanto sabe una necesidad urgente que socorrer, si á remediarla no alcanza los recursos de que dispone, acude solícito á la puerta del rico implorando una limosna por el amor de Dios, ó pide alguna cosita de los vendedores en la plaza pública, ó recorre las calles más concurridas del pueblo con el óbolo de la caridad debajo del brazo.

Quizás alguno de mis lectores crea exagerado cuanto digo, pero ello es lo cierto que esto y mucho más hicieron varones de tan acendrada virtud, como el Padre Sabater, el P. Pedro López, el P. José Rodríguez y tantos otros, de los cuales unos, como los referidos, han muerto ya, y otros viven todavía para consuelo y edificación de cuantos les admiramos.

¿Qué hubiera sido de estas infelices gentes á no haber mediado la caridad inagotable de la Misión franciscana?

Los artificios—si así puede decirse—de que para socorrerlas se valen los abnegados hijos del Serafín de la Umbría, son muchos y variados. Citaremos tan sólo algunos.

En primera línea, figuran los Cepillos de San Antonio, cuyo permiso obtuvo de la Santa Sede para erigirlos en las iglesias de la Misión, el actual ilustrísimo señor Vicario Apostólico, siendo Prefecto de la misma. El resultado no ha podido ser más halagüeño, atendida la índole del país. ¡Oh si hablasen los pobres por este medio socorridos en Tánger, Tetuán, Casablanca, Mazagán y Mogador! Sólo en el año pasado se recaudaron en los referidos puntos 779 ptas.

¿Quién no ve la influencia que en Marruecos ejerce San Antonio? Ciertamente, que no por no haber arribado á este Imperio, según era su deseo, deja por eso de velar solícito, no sólo por las almas, sino aun también por los cuerpos de tantos miles de sus habitantes.

Agradecidos los Padres Misioneros á los beneficios dispensados por el Taumaturgo de Padua en favor de la grey á ellos encomendada, celebran cultos mensuales en su obsequio, además de la fiesta propia del Santo, que suele ser precedida de solemne Novenario, ó cuando menos de un Triduo, según lo permitan las circunstancias.

En segundo lugar, debe citarse la Cocina Económica fundada por la Misión en el mes de Marzo de 1895, para cuyo sostenimiento se creó una Junta de «Damas de Caridad» de la que hasta ahora fué Presidenta la esposa del Excmo. Sr. Ministro de España.

Además de los fondos con que cuenta tan caritativa institución, debidos á la cuota correspondiente de las socias, vese con frecuencia favorecida con importantes sumas aportadas de rifas, kermeses, funciones de teatro, cinematógrafo, etc., que se verifican de vez en cuando con el fin indicado.

Las 32,720 raciones repartidas en 1910, y la respetable cifra de 140,000 pesetas invertidas desde su fundación, hablan más que elocuentemente de lo beneficiosa que resulta para los necesitados de Tánger la Cocina Económica, establecida en el Colegio de las Religiosas Franciscanas de María Inmaculada.

A cuantos en calidad de turistas visitan esta población les aconsejaríamos que no dejasen de pasar por la Cocina á las horas en que se reparte la comida. Entonces sí que verían los prodigios obrados por la caridad cristiana, al par que los desvelos y solicitud que muestra la Misión católica por el bienestar temporal de los pobrecitos desheredados de la fortuna. Estos, á fuer de agradecidos, oran al cielo por sus bienhechores antes y después de recibir el alimento que conforta para el trabajo á unos, impide morir de hambre á muchos, y repara las pérdidas fuerzas de todos.

Así socorrida la necesidad de alimento, quiso la Misión atender también á la del vestido, y para ello fundó, en igual fecha que la Cocina, el Ropero, cuyo objeto es proporcionar á los pobres, piezas de ropa con que cubrir sus cuerpos y mantas con que abrigarse en el invierno.

Gracias á la feliz iniciativa de la bondadosa señora

de Padilla, las señoras pertenecientes á este centro de beneficencia reúnen dos veces al mes en un lugar destinado al efecto, y allí se consagran por algún espa-



CHINA.—MENDIGO CHINO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Limagne. (Pág. 57).

cio de tiempo á la confección de prendas de vestir, que luego reparten entre los más necesitados.

El último año se gastaron 739 ptas. en compras, siendo 1,364 las recaudadas. Nos parece lo suficiente para demostrar la vitalidad de que goza fundación de la que tantas ventajas reportan los indigentes.

La Caja de Urgencia, establecida para el socorro de las necesidades más apremiantes, está asimismo dando los más felices resultados. A principios del varias veces citado año de 1910, contaba 552 ptas. de fondos, habiéndose distribuido 102 íd. á los pobres.

Los números, que no mienten, demuestran cuán en extremo es laudable la caridad de los beneméritos hijos de San Francisco.

Sin embargo, aún habremos de decir que en los indicados medios de socorrer las necesidades de los pobres no están incluidas las muchas limosnas sueltas que se reparten en la portería de la Misión, limosnas diarias y abundantes, pero que en determinadas fiestas se duplican, sea cual fuere el número de mendigos que las soliciten.

En verdad que nadie como la Misión franciscana de Marruecos ha encontrado la solución del problema social, hoy como nunca tan llevado y traído en toda clase de mítines y manifestaciones. Ella mueve con mágico resorte la caridad del rico para con el pobre, y obtiene de éste cordial y sincera gratitud hacia su bienhechor.

Otra sería, ciertamente, la influencia de Europa en el Mogreb, si las ideas modernistas no trabajasen lo indecible por destruir la influencia de los Misioneros en el Imperio. Abrigamos, no obstante, la confianza de que de estos últimos será siempre la victoria, pues no otra cosa puede esperarse del celo y actividad que les distingue en el difícil desempeño de su elevado ministerio.

D. DE VICTORIA.

Tánger, Enero del 1911.

MUJERES HEROICAS.—URSULINAS EN ALASKA



DESDE Roma hasta Nome hay una buena distancia, ¡casi 12,000 millas! Con todo, la Madre María Amadeo, fundadora de las Misiones Indias en Montana y antigua Provinciala de nuestra Orden, y por fin nuestra Delegada al Capítulo General de Roma

el Septiembre pasado, acaba de atravesarla, trayendo la bendición del Padre Santo para las Misiones Ursulinas.

Estamos en camino para San Miguel, á donde vamos á abrir una escuela para pobres niños indios. Levanta, amigo lector, tus ojos á la estrella polar, que brilla tan alta, tan clara y tan apacible sobre tus ansias y pesares, é imagínate ver remontarse hacia ella desde el seno de la obscuridad y de los perpetuos hielos el humo de nuestra actual guarida, como llamando silenciosamente á tu corazón compasivo, en todo su aislamiento y soledad, rodeado por todas partes solamente

de bramadores mares. Aquí, tan cerca del Círculo Polar, hace mucho, muy mucho, muchísimo frío; y nosotras te pedimos una limosna, grande ó pequeña, para que podamos llevar adelante la obra de Dios. No nos desanimes con rehusarte. Piensa que cada contribución, por insignificante que sea, ayuda; y aunque tengas otras obras de caridad á que atender, alarga la mano un poquito á esta tan necesitada empresa. Hay almas que esperan temblando la decisión, y nosotros debemos retenerlas contra los atentados de los otros que no son de nuestra religión, los cuales procuran con empeño arrebatarlas. Pondera con cuán pequeña limosna se puede ganar un alma, y una eternidad de gratitud de parte de Dios. ¡Oh tú que lees esto, extiende el celo de tu caridad hacia esta desamparada Misión, á cuyo campo tú mismo no puedes dirigirte, y ayuda á plantar en él las tiendas de Israel, cooperando en la obra sublime de la salvación de las almas! ¿No fué por ventura el mensaje consolador del Evangelio

enviado á todos? ¿Quedarán los pobres Esquimales excluidos? Los mineros á toda prisa se están refugiando en Seattle y al amparo de la civilización, puesto que durante el invierno el frío ha cerrado el oro en sus heladas garras; nosotros en cambio nos damos prisa para llegar á ese páramo en que yacen los Esquimales, cuyas almas tan desamparadas centellean cual diamantes. La luz de la fe debe brillar en los parajes bajos lo mismo que en los altos; y Dios vive siempre, y el ideal apostólico no se ha helado en aquella tierra donde muy de ordinario se está á 60 grados bajo cero, y el gran río Yukon queda callado y muerto por siete meses del año. Sí, hace mucho, muy mucho, muchísimo frío aquí tan cerquita del Círculo Polar. Pero aun tan lejos en este tempestuoso Norte, tiernos corazones Esquimales están aprendiendo á amar á Dios, y ojos inocentes se levantan á mirar con gran confianza por el socorro de sus hermanos.

Ya es tiempo, querido amigo, de empezar á levantar el Sagrario en estos desiertos helados. Los tiros de perros, aunque seguros, son muy lentos en traer el correo á través de los lejanos senderos cubiertos de nieve. No los dejes llegar hasta la estrella polar sin traer una limosna para las pobres Ursulinas.

Por lo que va dicho ves que las Hijas de Santa Ur-

sula están siempre en la vanguardia; y Pío X, cuya divisa es renovar todo en Cristo, nos ha animado á esta empresa. Pero la falta de obreros es todavía muy grande.

A vosotras nos dirigimos, queridas niñas, que andáis buscando un campo de empresas apostólicas en el cual podáis dedicaros exclusivamente á Dios y á las almas. Alistaos bajo la bandera de Santa Ursula donde todo es desprendimiento, pobreza y abnegación. Tenemos, sin embargo, un consuelo, un tesoro, y eso es todo para Religiosas. En todas nuestras Misiones estamos asociadas á los reverendos Padres Jesuitas, á cuyas empresas tenemos la honra y privilegio de cooperar. Si carecemos de todos los bienes de este mundo, tenemos el tesoro de la Misa y Comunión diaria, y todos los consuelos de la Religión y de nuestra Regla.

Adiós, lector, noble y generoso amigo, recibe nuestras gracias. Un día nos encontraremos á la mesa del Rey, en la que tu corazón recibirá una recompensa llena y apretada y rebosante de manos de Aquel cuya medida son los años eternos. Remesas de dinero nos llegarán con seguridad por correo certificado, libranzas ó giros postales. Diríjanse á "Rev. Mother Mary Amadeus, Sta. Michael, Alaska."

Muy agradecidas

LAS URSULINAS DE ALASKA.

EL BAUTIZO DE TECLA



TECLA, hija de padres salvajes, nació en mísera choza enclavada en uno de los poblados más escondidos de la isla de Fernando Póo.

Allí vivió hasta los ocho años de edad, conocida entre sus paisanos con el nombre de Bitaka.

A pesar de los grandes esfuerzos que hicieron varios hechiceros para sembrar en su hermoso corazón la pútrida semilla del paganismo, jamás lo pudieron lograr; y siempre era ella la primera del pueblo en salir á recibir al Padre Misionero cuando iba á visitarlos.

Tan pronto como el enviado de Dios llegaba al pueblo, tomaba asiento sobre un tronco junto á la casa del jefe, y con él, apretándole fuertemente, sentábanse en el suelo todos los chicos y chiquillas del vecindario, quienes al verle llevar las manos al bolsillo abrían los ojos un palmo, porque sabían la costumbre que tenía de llevar siempre consigo una cajita de confites.

El celoso Misionero, que hablaba muy bien la lengua de aquellas criaturitas, sabía darse tan buena maña que, en medio del reparto de aquellas golosinas, les hacía siempre una verdadera catequesis, dejando caer en la tierra virgen de aquellos corazones la semilla del Evangelio.

Cierto día en que el Padre estaba muy conmovido al ver la triste suerte de aquellos sus infelitos, se dirige

á ellos y les dice: "A barimo ba ta peha e lama, na Potó ta la hori: ba te olaha na Potó ta ba rikuera."

Potó e mulé a la peha lelá, e mo emoe moemo, moeno..."

"Los demonios no pueden nada, si Dios no les da poder; nada pueden hacer sin la divina autorización."

"Hay un solo Dios que lo puede todo y es infinitamente bueno..."

Todos quedaron asombrados al oír cosas tan buenas y tan diferentes de las que habían oído de sus semejantes: pero, al recordar que tenían las manecitas llenas de confites, salieron de su asombro y comenzaron á comérselos dando saltos de alegría y gritando todos á una: "Pale, Pale! ¡oh Pale, bue momo él! ¡Padre, Padre! ¡oh Padre, qué bueno es Vd!."

Sola la pequeña Bitaka permanecía como clavada junto al Misionero sin salir de su asombro, llamándole mucho más la atención aquellas verdades sublimes que había oído de labios del Padre, que los confites y algazara de sus compañeritos.

Serían como las cuatro de la tarde cuando el Padre resolvió volverse á su Misión.

Trabajo le costó desentenderse de aquella menudita turba que le agarraba y rodeaba por todas partes; pero al fin salió del pueblo acompañándole la buena Bitaka hasta el arco, llamado del demonio, que hay en las afueras de todos los pueblos infieles.

Allí se quedó recostada en un árbol, siguiendo con el corazón y los ojos llorosos al Padre, que cada vez se alejaba más y más, hasta que lo perdió de vista.

En estas da y echan pueblo, sup poca gracia temente de ni miramien en las pied rompérsel

Habían b Bitaka las noche pens nita de Dio lico, ya no parse del p vado junto

Al ver s el mal esta ziones del d Misión para

La recet tes, era de parientes c mente.

Mal estó pero al fin



el período dose con el cipio este considerado tector de la expresar la de los anim vienen únio mucho en lo de pacto p ligiosa, ent de animale te: 1.º Cier comidos; 2.º bra como s entredicho parte del a animales p ofrecerle e llora al ani mente; 6.º sas; 7.º La Se hace fig

(1) Prat. Max Muller,

En estas, y cuando menos se pensaba, toda enfurecida y echando chispas por los ojos, llega una vieja del pueblo, supersticiosa en extremo y á quien hacían muy poca gracia las visitas del Misionero, y tomando fuertemente del brazo á la niña, la lleva sin consideración ni miramiento, medio arrastrando y haciéndola tropezar en las piedras y raíces de árboles, hasta el punto de rompersele un dedo del pie derecho.

Habían hecho tan honda impresión en el corazón de Bitaka las enseñanzas del Misionero, que pasó toda la noche pensando en ellas; y prendada de la bondad infinita de Dios y de la grande caridad del Misionero católico, ya no hacía más que discurrir cómo podría escaparse del pueblo é ir á vivir en el pueblo católico enclavado junto á la Misión.

Al ver su madre, al día siguiente por la mañana, el mal estado del pie de su hija á causa de los tropezones del día anterior, la cargó sobre sí y la llevó á la Misión para que el Padre la curase.

La receta que el Padre solía dar en casos semejantes, era de que dejaran la enferma en casa de algunos parientes católicos á fin de poderla asistir convenientemente.

Mal estómago hizo á la madre de Bitaka la tal receta; pero al fin consintió en dejar su hija en casa de un tío

suyo llamado José, uno de los más fervorosos católicos del pueblo.

Cada día iba la niña apoyada en un palo á la portería de la Misión, en donde, después de curarla, explicaba el Padre el significado de unos cuadros de los misterios de la Religión, que colgaban de las paredes del recibimiento.

De este modo no tardó la niña en quedar perfectamente instruida en todas las verdades fundamentales de la fe, negándose de todo punto á volver á su pueblo, donde todos vivían esclavos de la más ciega infidelidad.

Ya no pensaba más que en recibir el santo Bautismo, tanto más cuanto que el Padre se lo había prometido para la fiesta próxima de la Asunción de la Virgen.

Cada momento que transcurría se le hacía un año, y cada día un siglo, según eran grandes los deseos con que esperaba fecha tan suspirada.

Llegó por fin el día de la Asunción, y luego que el pueblo salió de Misa solemne, quedóse ella acompañada de su madrina y algunas amigas en la entrada del templo, esperando ser recibida por el Ministro del Señor y regenerada en las aguas bautismales.

Así se verificó, en efecto, quedando su alma hermosa como un ángel, y ella más contenta y alegre que unas Pascuas con el nombre de Tecla Bitaka.

LEÓN GARCÍA, C. M. F.

DESDE MALABAR

Adoradores de las serpientes.—Totemismo.—Sus caracteres.

SIMULTÁNEO con el culto de los objetos inanimados é insensibles, el sol, la luna, piedras, ríos y montañas, se encuentra el tributado á cierta clase de animales. Es este el período de evolución religiosa que viene designándose con el flamante término de totemismo. En un principio este nombre significaba un animal ó un vegetal considerado por los indios de Norte América como protector de la tribu. Posteriormente se ha adoptado para expresar la etapa religiosa en que predomina el culto de los animales. Los admiradores del totemismo convienen únicamente en este punto concreto, pero difieren mucho en los detalles (1). «El totemismo es una suerte de pacto perpetuo mal definido, pero de naturaleza religiosa, entre ciertas tribus de hombres y ciertas tribus de animales. El código por que se regula es el siguiente: 1.º Ciertos animales no deben ser ni muertos, ni comidos; 2.º La muerte de un animal se siente y celebra como si fuera la de un padre; 3.º Algunas veces el entredicho alimenticio se refiere únicamente á alguna parte del animal; 4.º Cuando se mata á alguno de los animales por razón de urgente necesidad, es preciso ofrecerle excusas y sacrificios para aplacarle; 5.º Se llora al animal después de haberle sacrificado ritualmente; 6.º Se viste su piel en las ceremonias religiosas; 7.º Las tribus toman el nombre de su especie; 8.º Se hace figurar su imagen sobre las armas y demás

enseñas y distintivos de la casta; 9.º El animal tratado de este modo, aunque sea dañoso, sirve para curar; 10. Se le considera como un protector; 11. El les predice el porvenir y les sirve de guía» (1).

Según todas las probabilidades, en los comienzos de este tan bárbaro culto los animales eran considerados como verdaderos dioses; posteriormente lo fueron como la encarnación ó quizá solamente como el símbolo del dios. Así, por ejemplo, el macho cabrío, en Egipto, era mirado como «el alma de Osiris,» el buey como el «alma de Ra;» el phenix, la encarnación de Osiris; el toro, la segunda vida de Phfah; el tántalo ó ibis, la encarnación de Thot; el alcón, la de Horus.

En la India la veneración á los animales tiene un tercer aspecto, y es el ser tenidos como habitación y morada de los antepasados.

¿Cuáles son los antecedentes, los motivos y causas que impulsaron á los hombres á deponer su corona de reyes sobre el reino animal, á humillarse y deprimirse hasta pedir socorro, protección y ayuda á viles animales, y á levantarlos y sentarlos sobre el dorado trono de los dioses? Degradación tan grande debe reconocer una causa más que humana. Podrán los racionalistas devanarse los sesos en investigar las razones de esta humillación negando los unos lo que afirman los otros, condenando como erróneo éstos lo que aquéllos dogmatizaron como verdadero é indiscutible, sin que jamás lleguen

(1) Prat. La science de la Religion et du langage d'après; Max Muller, p. 18.

(1) Histoire comparée des Religions Caennnes, par A. Dufoureq, p. 27 n.



CHINA.—DIRECTOR Y ALUMNOS DE LA ESCUELA DE LOS LAZARISTAS DEL KIANG-SI.— Reproducción directa de fotografía.
(Pág. 57)

á una armoniosa conciliación, signo infalible de la falsedad latente en ambos partidos; para nosotros la Biblia, el Génesis nos da la clave para la más natural y lógica solución del problema. El relato escripturístico, describiéndonos al hombre en animada conversación con la serpiente, discutiendo y escudriñando los profundos consejos del Altísimo, analizando la racionalidad y conveniencia de sus órdenes y preceptos sacratísimos, nos ofrece la causa más natural y propia del abatimiento que deploramos: el hombre, rey de la creación, prostrado y rendido á las sugerencias de la serpiente, descifra el enigma, es la clave para solucionar el problema. El hombre eligió por consejera á una serpiente, y ¿qué más natural que continúe pidiendo consejos al inmundo reptil?

Max Müller, sensato investigador de las antigüedades religiosas, confiesa «que uno de los más difíciles problemas es el de descubrir los motivos que guiaron al negro á divinizar ciertos animales» (1). Suelen aducirse como causas del culto de que vamos hablando, ya el miedo hacia algunos animales, ya el terror que inspiran, ya, en fin, el ser considerados como lugar de habitación de las almas de los difuntos. Los monos son tenidos como hombres algún tanto perjudicados en su creación. Los elefantes, por el extraordinario desarrollo de sus facultades cognoscitivas, son mirados con muestras especiales de veneración. El origen de la adoración del cocodrilo, en Egipto, según M. Maspero, citado por A. Dufoureaux, se explica por la naturaleza misma del animal. El cocodrilo es anfibio. Si el dios Sobkou es un cocodrilo, es porque antes de la creación el dios soberano yacía inconsciente sumergido en las aguas tenebrosas; salió de este lugar para ordenar el mundo, como el cocodrilo sale del río para colocar sus

huevos sobre la caliente ribera. Las serpientes son generalmente adoradas en el extenso territorio indio, desde el ilustrado y sabio Brahman hasta el más degradado paria. En Malabar, especialmente, es donde reciben los reptiles culto muy singular y se celebran en su honor festividades religiosas que son bastante concurridas. Existe una casta denominada Naga ó serpiente. Según Diodoro, existían ya en la antigüedad pueblos cuya bandera y signo militar era una serpiente (1). Mas como el mismo Diodoro nota, se ignora si estos pueblos eligieron la serpiente por su bandera porque su deidad era la serpiente, ó «por el contrario, porque su bandera era la serpiente, terminaron en rendirle adoración.»

Débase notar con exquisito cuidado contra los evolucionistas, que hacen recorrer al hombre en la religión una escala semejante á la que le hacen recorrer en la evolución racional, que el culto dado á las serpientes se remonta á los tiempos antiquísimos de civilización y cultura aria. En el Atharva Veda se encuentra ya la adoración de las serpientes. No es, pues, lógico ni históricamente cierto que el totemismo haya sido la religión primitiva de la humanidad, ni tampoco lo es que el culto á los animales sea siempre una etapa distinta y un grado hacia la religión. Los Vedas lo prueban con elocuencia incontestable, y en esta cuestión, como en otras muchas, el estudio de la religión védica nos suministra argumentos irrefutables contra las teorías evolucionistas. «En otros países, dice un educado Brahman,

(1) En el Hinduismo la literatura épica demuestra que los estandartes de batalla estaban frecuentemente coronados por la enseña y efigie de varios animales, como sabemos haberse practicado en la antigua Alemania. Por esta razón se habla de la bandera-mono, de la bandera-toro. El sigao de Arjuna era un mono con una cola de león; otros héroes llevaban la imagen de un pavo real, de un elefante ó de algún fabuloso monstruo. Árboles y plantas eran usados con el mismo objeto. La palmera, en especial, era su favorito emblema. (Conf. *Journal of the American Oriental Society*. xiii, 244).

(1) Lectures on the origin and Growth of Religions, lect. II, pág. 116.

á quien suponemos convenientemente iniciado en los misterios del Vedantismo, la ofiolatría se ha originado quizá de puro totemismo, pero en la India el caso es contrario.» Y el mismo escritor intenta explicar el origen del culto que vamos describiendo en la India del siguiente peregrino modo, que aunque sutil y misterioso, podrá servir de solaz á nuestros lectores. Traducimos literalmente, y nuestros indulgentes lectores nos dispensarán conservemos los giros orientales. «Las ideas Brahmánicas de la ofiolatría proceden de un convenio, ó arreglo, entre dos cosas aparentemente similares, los atributos de la una pasando á los de la otra por medio de una especie de transferencia. Tan rara noción será solamente inteligible cuando todos los aspectos del culto de las serpientes sean analizados y su naturaleza revelada. Parece existir estrecha relación entre la serpiente y el nacimiento de un niño, y la creencia de que las bendiciones de la paternidad pueden obtenerse por medio de este culto, resulta de la así llamada afinidad entre el hombre y la bestia. En el tratado sanscrito Harivamsa se afirma que los individuos que desean obtener sucesión y librarse de este modo de los horrores de Puth (un infierno especialmente reservado para los que mueren sin descendencia) deben ejecutar la ceremonia llamada Nagaprathishta—más adelante la describiremos—en expiación de los pecados cometidos en precedentes nacimientos.»

Es aún más curiosa la relación que los brahmanes dicen existir entre las serpientes y la formación del cuerpo humano. «Los Hindos *Shastras*—libros de ciencia—declaran, continúa la referida autoridad, que, en los más interiores ángulos de los pulmones del hombre, hállase como escondida una serpiente de divino origen, la cual es el principal agente de la paternidad. Ella es dios en el hombre y contribuye al desarrollo de la humana estructura y la preserva del desfallecimiento.» Es inútil é imposible seguir al escritor en la descripción de las analogías que, según él, ofrece la respiración del cuerpo humano con los nombres y forma física de la serpiente. «La elástica inteligencia del Hindu, concluye, ha elegido naturalmente la serpiente, el animal de carne y sangre, el cual, si no en la forma, al menos en el nombre, tiene íntima semejanza con la serpiente imaginaria del cuerpo humano. Esta serpiente imaginaria del cuerpo humano recibe este nombre por

dos razones. Es la primera, porque el aire respirable al pasar por los pulmones sigue un curso que forma una serpiente; la segunda, porque el ruido sibilante que la respiración produce al pasar por los conductos nasales, semeja al de los indicados reptiles al deslizarse mansamente por entre la hierba. Por esta razón cuando la corriente de aire es detenida, ya sea por internas, ya por externas fuerzas, la serpiente permanece estacionaria y limitada dentro del cuerpo humano. En tal estado el individuo está imposibilitado para recibir las bendiciones del dios y obtener sucesión. Para poner al reptil en movimiento es preciso solicitar la ayuda de Para, la cual consiste en la concentración de la mente en un objeto de bien definida forma y estructura» (1). Nuestros ilustrados anatomistas juzgarán de estas descripciones y de su verosimilitud. Es innegable que para los tiempos en que se escribieron no carecen de mérito científico, y quizá ni Hipócrates ni Galeno llegaron á tanto. Todo esto demuestra la probabilidad de que Hipócrates se aprovechó, si no tomó por completo su materia médica, de los escritos de los Hindus» (2).

La serpiente tiene asimismo parte principalísima en la geografía Híndica. Los escritores de la India, al observar que todo lo que carece de algún sostén ó apoyo, infaliblemente cae, dedujeron que tampoco la tierra podía sostenerse sin algún puntal. Por otra parte, ellos también juzgaron que el referido punto de apoyo debía ser infinito, pues de lo contrario era preciso imaginar otro y otros con proceso infinito. De aquí se originó la popular creencia de que la tierra descansa en una serpiente de mil cabezas, que designaron con el nombre de Ananta, encarnación de Vishnu. Como á algunos pareciese esta explicación demasiado simple, imaginaron otra teoría.

(Continuará).

(1) Madras Mail, June 18, 1910. En la meditación brahmánica es este un modo frecuente de extasiarse, ó llegar á la absorción en la gran Brahma. Consiste en cerrar fuertemente la boca comprimiendo todo lo posible los labios, y tapando con la punta de los dedos los dos oídos, expeler el aire con cierta violencia teniendo la mente fijamente gravada en algún objeto. A veces el ritual prescribe, además de lo indicado, cerrar los orificios nasales y tener fijos los ojos en la punta de la nariz. Más adelante se tratará con más extensión de estas prácticas que tan ridículas aparecen.

(2) Dr. Wise, citado por R. C. Dutt en su obra «Epochs of Indian History», pág. 95, ha probado que Hipócrates, el padre de la medicina, tomó sus teorías de los Hindus.

ECUADOR: INDANZA

Cómo viven los salvajes.—¿Ruinas de Sevilla de Oro?

De un artículo que el misionero salesiano D. Miguel Allioni publica en el Boletín del Instituto, copiamos los siguientes párrafos:



La caminata fué larga y penosa á causa de la lluvia; al atardecer llegamos al río *Kalagras*, de corriente rápida y profunda; lo vadeamos con el agua hasta la cintura y entramos en casa de *Katipi*.

Katipi es un tipo curioso; frisa ya en los cincuenta; alto, grueso, con una barbilla corta y rala; sabe unas cuantas palabras en castellano, habla poco, pero ríe siempre. Su casa es la única de *Kalagras*, y está á un día de camino de las casas jíbaras más cercanas; su huerto es el mayor que he visto hasta la fecha, y lo tiene muy bien cultivado. Le gusta mucho la compañía, es muy bonachón y no tiene pretensiones de ningún

género. Nos recibió gustoso y nos regaló en cuanto entramos un racimo de bananas que no pesaba menos de ocho á diez kilos. Su familia me era conocida de muy antiguo, y los chiquillos en seguida me rodearon esperando algún regalillo y también su correspondiente historieta. Y sin embargo, este *Katipi* fué el protagonista de una tragedia ocurrida el primero de Enero en el río *Unguchasa*. Vale la pena contarla, para que se vea una vez más el carácter artero y traidor de este pueblo salvaje.

Murió en Diciembre á orillas del río *Pausa* un viejo de más de ochenta años; la culpa, naturalmente, debía recaer sobre alguno, y éste fué el médico *Huá*, de *Hunguchasa*, que había venido á visitar al enfermo diez días antes de morir. Según los jíbaros, *Huá* lo había hechizado y metido en el corazón un insecto. Designada la víctima, el hijo menor del difunto, *Cinguní*, muchacho de 16 años, se puso en camino para reclutar gente y hacer justicia. Fuese á *Gualaquiza* también, y nadie le siguió, pero reunió los jíbaros de *Indanza*, la familia de *Katipi*, otros de *Juganza* y *Chupiansa*, y así acompañado llegó al río *Unguchasa*, á cuya orilla vivía el viejo *Huá*, absolutamente ajeno á la traición que contra él se tramaba. *Katipi*, que había sido su amigo, lo llamó en voz alta. La casa del indio estaba al otro lado del río, y allí tenía también su canoa. *Huá* con un hijo saltó á la canoa y se vino bogando al encuentro de la muerte. Mientras llegaba siguieron hablando de lejos; pero *Katipi* tenía escondida detrás de un árbol su carabina y otros dos jíbaros esperaban lanza en ristre. Cuando llegó la canoa y *Huá* se entretenía en atarla con un trozo de liana á un árbol de la orilla, *Katipi* tiró, *Huá* cayó herido y los otros dos saliendo de su escondrijo dieron término á la venganza. ¡Hasta el hijo pereció atravesado por las lanzas! Los asesinos arrojaron los cadáveres al río, y se dieron á la fuga volviendo á sus casas. No le cortaron la cabeza á *Huá* porque los médicos están exentos de éste castigo, y dejaron la casa y la familia más por miedo que por generosidad.

Pero una víctima llama otra víctima, y *Ambush*, hermano del muerto, comunicó á *Katipi* que en cuanto pudiese había de vengar en él la muerte de *Huá*; *Katipi* le respondió que no le temía; y, sin embargo, el pobre lleva una vida bien intranquila.

La segunda tarde que yo pasé en su casa tuvimos un susto atroz. Dos hijas de *Katipi* bailaban una danza jíbara que él acompañaba cantando; en esto le pareció oír rodar un tronco fuera.

—*Shuardcha viñani!* (¡el enemigo viene!) gritó, y al instante se alborotó toda la casa. Una mujer asegu-

raba que había visto una sombra deslizándose por detrás del vallado. Cargaron dos carabinas, precio tal vez de dos cabezas jíbaras convertidas en *sanzhas*, dispararon un tiro y ojearon toda la casa.

Katipi me explicó todas estas precauciones, diciendo:—Cuando vienen los enemigos mandan primero uno á reconocer la posición de la casa y los senderos que á ella conducen para cercarla, ocupar todas las salidas y matar al primero que salga por la mañana.

El tercer día apareció el sol y nos pusimos de nuevo en camino. *Poangera* no podía acompañarnos porque se había herido un pie y temía además que acometieran á su hermano; en su lugar me siguieron dos muchachos, *Ambam* y *Atzvate*, su hermana, de diez y doce años respectivamente. Pero el sol se volvió á esconder y la lluvia no dejó de remojarnos en todo el viaje. Nos encaminamos á *Pan de Azúcar*, especie de promontorio triangular, altísimo, que parece penetrar las nubes á una altura de más de 2,000 m. sobre el nivel de la planicie. Es un peñasco aislado, visible á gran distancia, asentado sobre una llanura que baña por un lado el río *Pakki* y por el otro el *Kalagras*. Aquí, según la tradición indígena, se hallaba la famosa *Sevilla del Oro*, riquísima y populosa ciudad del primer siglo de la dominación española; y aun indican el camino que á ella conducía. Salimos de *Chordeleg* por la mañana, comimos *Huaimotambo* en medio de un páramo, y al anochechar llegamos á un punto de la famosa ciudad donde se encontraban riquísimas minas de oro, las mismas que producían el precioso metal para todo el *Azuay* y más tarde el tributo para el *Inca conquistador*. El gobernador español había exigido á los indios un impuesto exorbitante que no podían pagar, por lo cual se sublevaron más de cuarenta mil y en una sola noche pasaron toda la guarnición á cuchillo y redujeron la ciudad á un montón de escombros. Al gobernador y á los magistrados que tanta sed de oro habían manifestado, se lo hicieron beber derretido. Algunos viejos *cas-carilleros* me dijeron que ellos habían visto en aquel sitio ruinas de la gran ciudad, hoy enterradas. La cosa no es improbable, pero parece muy difícil que las minas de *Ayón* y *Santa Bárbara* hayan podido dar la inmensa cantidad de oro hallada en las tumbas de *Chordeleg* y *Sigsig*. Estas regiones se pueden llamar ahora inexploradas; la vegetación tropical lo ha invadido todo y ha sepultado en el olvido hasta las huellas de la pasada civilización. Debo advertir que los que destruyeron la ciudad no fueron los jíbaros, sino los *quichúas* de la meseta que poblaban estas comarcas.





CHINA.—EL TRABAJO EN LA TRAPA.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Limagne. (Pág. 57)

UN BAUTISMO EN LAS OLAS

(NARRACIÓN DE LAS ISLAS DE LA SONDA)

FLORES pertenece á las célebres islas especieras, que hoy constituyen la riqueza de los holandeses. El nombre de Flores, ó Isla de las flores, se lo dieron los portugueses, quienes, encantados sobremanera de la incomparable magnificencia de flores de aquella isla, se establecieron en la parte oriental de la misma, y fundaron allí los tres reinos cristianos indígenas Larantuka, Maumeri y Sicca. Estos persisten aún hoy bajo el dominio holandés, y forman el núcleo de una floreciente Misión, cuya cabeza es Larantuka.

En esta isla y en el mar de la Sonda que la baña, se desarrolla nuestra relación, la cual se funda en un hecho rigurosamente histórico.

Era por el mes de Junio de 1889. En la plaza de la iglesia de Sicca, cercada de frondosos tamarindos, un jinete acababa de apearse de su caballito. Había bajado evidentemente la senda que sube retorciéndose por las selvosas faldas de la montaña detrás del pueblecito, y se había dado sobre su caballo una penosa caminata. El jinete, vestido con una blanca sotana ligeramente arregada; quitóse su casco de Indias y limpióse el sudor de la frente; al mismo tiempo con una sonrisa picaresca miró á su tordillo que bufando lanzaba vapor de los ollares y escarbaba la tierra con el casco. «Bien,

tordito,» decía acariciándole la espalda, «éste ha sido un lindo paseo matutino, ¿no es verdad? Bien has cumplido con tu oficio. Ahora ven aquí.» Y así diciendo nuestro jinete—era el P. Pedro Bonnike, de Maumeri,—condujo el caballo hacia un pilar, atóle fuertemente, echóle encima una manta, y entró en la iglesia que se encontraba abierta.

Estaba ésta vacía, y sólo adelante en el coro, donde parecía saludar amablemente desde el altar mayor una estatua del Corazón de Jesús, se hallaba arrodillada otra figura, vestida igualmente de blanco, el misionero de Sicca. Absorto en devota oración, alzó la vista casi espantado, al sentir de repente una mano sobre sus hombros, acompañada de una voz que por lo bajo le decía: «Dios te guarde, Cornelio.—¡Hola, Pedro! ¿tú por aquí? ¡qué sorpresa!» exclamó el interpelado estrechando la mano que se le ofrecía. Iba á proseguir, pero el misionero más anciano poniendo el dedo en los labios y señalando en silencio hacia el altar mayor, se llegó á sus gradas y se arrodilló allí devotamente.

Después de un rato, levantáronse ambos y salieron de la iglesia. «Muy bien venido seas á Sicca, exclamó entonces el P. Cornelio. Pero ¿quién te trae tan de mañanita por estas montañas?—Pues ese mi tordillo, respondió el otro sonriéndose; lo demás ya te lo contaré á mi vuelta, pues ahora tengo que partir á toda prisa para Larantuka. Se trata de la dicha ó desgracia de mis cristianos de Maumeri, y cualquier tardanza es

peligrosa.—Sin duda que el Tuwan Pedro (así se llaman los empleados de correo y corregidores holandeses de las principales estaciones costaneras), anda de por medio en el asunto.» El otro hizo un gesto afirmativo con la cabeza, desató su caballito y dijo: «Más tarde hablaremos, querido Cornelio; pero ahora ayúdame á proseguir mi camino con presteza. A tu cuidado dejo mi tordo, ¿no es verdad? Y tu gran «prau» velero (barco malayo de vela con tableros laterales) estará también á mi disposición, ¿no es cierto?—Lástima, Pedro, pero no es posible. El viejo cajón se ha averiado en el último viaje y está ahora en seco en el varadero. ¿Oyes? Mi gente está allí reparándolo y calafateándolo de nuevo.»

El penetrante martilleo que se escuchaba hacia la costa vecina, confirmaba estas palabras. «Malo es esto. Tomaré, pues, el sampán pequeño (barco menor de vela con tableros). Con unos cuantos activos muchachos, espero sostenerme en él á flote sobre el mar.»

«¿En esa cáscara de nuez lanzarte mar adentro? Eso es, Pedro, una aventura peligrosa.—Saldrá bien, con la ayuda de Dios; la cosa urge, no puedo perder momento.—Pues bien, ven y toma primero un bocadillo que te fortalezca.—Gracias, Cornelio, tengo que marchar; cuanto antes, mejor; llevo ya la necesaria provisión aquí en mi saco de viaje.—¡Ea, pues, á la playa!» El joven misionero dió por tres veces un agudo silbido, y al punto se presentaron una media docena de muchachos de 14 á 15 años, sin más traje que un calzón corto y entrelistado, y su cofia malaya en la cabeza.

«¡*Slamat dalaag Tuwan Padre!*—¡Salud, señor Padre!» clamaron alegres al acercarse, y se colocaron ante ambos misioneros. El P. Cornelio pasó revista á los suyos, que sonriendo le mostraban sus dientes ennegrecidos de masticar betel, y luego dijo: «Reton y Pare, ¿queréis llevar al Tuwan desde aquí hasta Lantuca en el sampán chiquito?—¡*Amigai, amigai!*—¡Con gusto, con gusto! respondieron ambos visiblemente alborozados.—Pero ¿no tenéis miedo de lanzaros á alta mar en una lancha tan débil?» Una alegre risotada fué la contestación. Estos morenos alfares se han criado y familiarizado desde niños con el mar, nadan y se zambullen como los peces, y desafían en sus barquichuelos las tormentas y las olas.

«Oh Tuwan Padre, suplicó entonces un muchacho joven, casi niño aún y de gracioso aspecto; déjame ir también á mí.—Bien, todas las cosas buenas son tres; vé si quieres, Side.» Lanzando un grito de gozo, cogióse al punto Side el saco de viaje del misionero y en alegre charla bajaron todos á la playa, donde el ligero y bonito sampán, preparado ya para el viaje, se balanceaba sobre las olas.

En un instante llegaron al bote los muchachos metiéndose en el agua, y lo arrastraron hasta el pequeño muelle de embarque.

Aun hubo un fraternal apretón de manos, y una cordial exclamación de «¡Feliz viaje!» El P. Bonnike entró en la barca, Pare y Reton empuñaron los remos, Side aflojó la vela triangular tejida de fuerte liber, y ligera como un pato lanzóse la barquilla mar adentro por la azul ensenada.

Pronto empezó á henchir una fresca brisa la vela desplegada, y al poco tiempo había desaparecido la lancha tras la última lengua de tierra de la bahía de Sicca.

Pensativo siguióla con la vista el P. Cornelio. Si la mar se conservaba en calma, no era el viaje peligroso en demasía. Pero... ¡tiene el mar de la Sonda tan caprichosas mudanzas! El misionero comenzó lentamente á desandar el camino de la playa, y se dirigió de nuevo á la iglesia. No parecía sino que estaba á la vista una desgracia, que le impulsaba á ir ante el tabernáculo á rogar por su hermano y compañero, á quien el cuidado de sus ovejuelas hacía emprender tan arriesgado viaje.

Los rayos del sol tropical de mediodía saltaban como chispas de fuego sobre las olas del mar de la Sonda. En lo alto de los aires un águila marina se cernía con las alas desplegadas, y mirando allá abajo la inmensurable y desierta superficie de las aguas, sólo veía en ella un pequeño punto oscuro. Era la lancha del P. Bonnike que á velas desplegadas cortaba alegre las olas. El mismo Tuwan Padre gobernaba el pequeño timón. A los remos iban Reton y Pare, cuyos nervudos y morenos brazos parecían no conocer siquiera la fatiga. Side tenía como patrón cuidado de la vela, y sosteniendo ambas cuerdas directoras en sus manos, como quien sostiene las riendas de un caballo, estaba sentado á los pies del misionero.

Con tiempo bonancible habían recorrido el día anterior buena parte del camino. Sólo hacia la caída de la tarde, el fuerte movimiento del mar obligó á los atrevidos navegantes á buscar la costa de Flores, y á pasar la noche en la playa. A la mañana, apenas rayó el día, volvieron de nuevo al mar. Este estaba tranquilo, y el viento era favorable. El misionero aprovechó la ocasión para instruir mejor á Side, que aun no estaba bautizado. Para mayor sencillez y claridad, ligó su doctrina acerca de Dios y de su relación con los hombres á las palabras del *Padre nuestro*. «¿Sabes tú, Side, quién es ese Padre á quien rezamos los cristianos?—Sí, Tuwan Padre, es el Dios grande que ha criado el cielo, la tierra y el ancho mar.—Bien, Side, pues ahora quiero yo también decirte, por qué llamamos nosotros á ese gran Dios nuestro Padre. Atentos escucharon los muchachos la hermosa explicación que el Padre les hizo, ilustrándola con multitud de imágenes y comparaciones.

Después cantaron Reton y Pare la estrofa correspondiente de la canción del catecismo, que compendia lo dicho en forma de cántico:

«Padre podemos llamarte,
Pues Jesús nos lo enseñó.
Padre eres tú, y en ti cifran
Tus hijos su fe y su amor.
Padre, guíenos tu mano
A la celestial mansión.»

Así resonaba sobre las olas el canto de aquellas frescas voces juveniles.

«Padre nuestro, que estás en los cielos», prosiguió el

misionero. «¿Es ése el cielo de que hablamos aquí, Side? preguntó señalando al firmamento.—No, Tuwan, el cielo está muy lejos, muy lejos sobre las estrellas, allí donde Dios y todos los buenos viven y son felices.» Y otra vez, después de una breve explicación, volvió á resonar el cántico:

«Bellos son mar, tierra y aire,
Más bello el coro estelar;
Pero mil veces más bello
Es el reino celestial.»

Así pasaban ligeras y agradables las horas de la mañana. Hasta el medio día se había conservado el tiempo inmejorable, y el P. Bonnike confiaba que, de seguir así, aquella tarde á buena hora podrían llegar á Larantuca.

Pero sucedió muy de otro modo. Frente por frente de Larantuca, y separado sólo por un estrecho brazo de mar, está la isla de Adonare; un poco más hacia el sur, la de Solor. Entre estas dos islas y Flores se extiende el llamado Estrecho de Lobetobi y Larantuca, famoso por sus fuertes corrientes, que hacen peligrosa la travesía para pequeñas embarcaciones.

A la entrada de este estrecho hirió de frente á los navegantes un recio viento contrario; el mar estaba allí muy movido, y las blancas crestas de las olas pasaban silbando por encima de la baja barquilla. Arrizóse al punto la pequeña vela, y todos cuatro se pusieron á remar cuanto podían, para ganar la costa de Flores. Pero la corriente era demasiado poderosa, y desviaba cada vez más el bote hacia el oriente, en dirección á Solor.

El fondo del barco se iba llenando de agua más y más; sin los tableros laterales, aquél se hubiera ido infaliblemente á pique. Las ondas subían cada vez más altas, y lanzaban acá y allá como un juguete la débil barquilla. De golpe, dos fuertes olas vinieron á encontrarse justamente delante de la proa con un terrible choque. Como caballo que se encabrita, el sampán, ante aquel obstáculo, levantóse derecho como una vela y volcóse para atrás. Los cuatro tripulantes fueron lanzados bien lejos al agua; al mismo tiempo que la carga toda, saco de viaje, agua potable y provisiones, voló fuera y se hundió en el abismo.

«¡Tuwan Padre, Tuwan Padre!» era el grito que resonaba lleno de angustia entre el chasquido de las ondas. La suerte del misionero era el primer cuidado de los intrépidos jóvenes. Juntamente lanzáronse sobre él con la ligereza del rayo, y le cogieron á punto de ahogarse. No sin trabajo alcanzaron á nado la volcada lancha que andaba hecha juguete de las olas, y se agarraron fuertemente á la quilla y á los tableros.

Reton, que como el mayor de edad se encargó del mando, se dirigió en seguida con los otros á dar vuelta al sampán, empresa nada pequeña en medio de las espumosas rompientes. Ante todo era preciso, sumergiéndose una y otra vez, extraer el mástil y desatar uno de los tableros. Después de muchos esfuerzos lograron efectivamente volver el bote y hacerle flotar de nuevo. Pero el fondo del barco quedaba casi lleno de agua, y el Padre, á quien ayudaron á entrar, hubo de sentarse con el agua salada casi hasta las rodillas. Por desgracia,

las olas se habían llevado los remos y también una de las trabas de éstos. Nadando los tres muchachos, procuraban empujar el sampán hacia adelante. Pero la fuerza de las olas y de la corriente era demasiado grande, y la situación llegó á ser desesperada.

«Jóvenes, dijo el Padre, creo que ha llegado nuestra última hora; muramos como buenos cristianos.» En seguida hizo con ellos en voz alta actos de dolor y arrepentimiento, y dió á los dos que eran cristianos la última absolución. «Y tú, Side, dijo luego al más joven, ven y acércate á mí. Tú no debes morir sin el bautismo. ¿Quieres recibirlo y ser hijo de Dios?—Sí, Padre, lo quiero.» Y el muchacho se incorporó en el borde de la lancha, y ofreció su frente al misionero. Este tomó con la mano un poco de agua, y vertiéndosela sobre la cabeza, dijo: «Yo te bautizo, Side, Pablo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—Si yo muero ahora, Padre, me voy derecho al cielo de que hace poco nos hablabas tan hermosamente, ¿no es verdad?—Sí, hijo, así es; pero vosotros sois jóvenes, no debéis morir todavía. Sois buenos nadadores: quizá conseguiréis ganar la tierra á nado. Procuradlo, hijos, yo quedo aquí á morir, si Dios lo quiere.—No, no, Tuwan Padre, clamaron los muchachos á una voz, nosotros queremos ó contigo salvarnos ó perecer contigo.»

Metió pues consigo al misionero en la lancha al recién bautizado; los otros se mantenían sobre el agua con los tableros. Poco á poco fué empujando al bote la corriente hacia el oeste, en dirección á Solor. Aunque vago y confuso, parecía distinguirse netamente el contorno de los montes de la isla.

Entonces le vino al misionero un pensamiento. «Oye, Reton, tú eres el más fuerte y el mejor nadador. ¿No te sería posible alcanzar á nado la costa de Levoleen, y traernos desde allí un beroc (fuerte y ancho barco de carga) y un poco de agua potable?—Sí, Tuwan Padre, puedo hacerlo; pero para manejar un beroc con este oleaje, se necesitan dos. Que venga Pare conmigo.—Bueno, dijo el misionero, intentadlo en nombre de Dios, y llevad con vosotros uno de los tableros, para conservaros más fácilmente sobre el agua.» Desataron pues uno de los tableros; y ambos muchachos, empujando ante sí la tabla y descansando sobre ella de cuando en cuando con la parte superior del cuerpo, comenzaron á abrirse paso valientemente á través del encespado mar y á avanzar visiblemente hacia adelante. Siguiéronlos los que atrás quedaban con una mirada llena de ansiedad, hasta que ambos desaparecieron entre los montes de las olas. Transcurrieron horas de inquietud y de angustiosa espera. ¿Habían logrado su objeto los atrevidos nadadores, ó habían sucumbido en el desigual combate con las ondas?

Lo cierto era que empezaba á anochecer, y aun no venían ni asomaban; salieron las estrellas en el obscuro cielo, y solos y abandonados erraban los naufragos sobre el desierto inmenso de las aguas. Y aún no venía socorro alguno. Con la entrada de la noche, sobrevino la contramarea, que se fué llevando de nuevo el bote hacia atrás, internándolo mar adentro.

(Concluirá).

(De El Exposito de Hongkong).

BIBLIOGRAFIA

Estudios críticos sobre la teoría de la Evolución. Conferencias biológicas, por el P. Jaime Pujiula, S. J., profesor de Biología y director del Laboratorio Biológico del Ebro.

Un volumen de unas 150 páginas, tamaño 19×12 cms., ilustrado con siete notables láminas fuera texto, y varios grabados intercalados. Precio: 2 ptas. en rústica, y 2'50 en tela. *Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

En medio de la confusión de ideas que reina en muchas cabezas respecto á la ruidosa teoría de la *Evolución* ó *Transformismo*, sentíase en España la necesidad de un libro que, juntando á la brevedad gran solidez científica, por un lado, y por otro, exposición didáctica con su correspondiente estilo claro, sencillo y al alcance de todos, sirviese algo así como de *catecismo científico*, para orientar convenientemente sobre los principales puntos y problemas evolucionistas, señalando y refutando sólidamente sus errores é instruyendo sobre lo que en ellos puede tener, por lo menos, visos de verdad.

Estas condiciones reúne y á esta necesidad responde la notable obra que nos ocupa. Leyendo las Conferencias del Padre Pujiula queda el lector convenientemente orientado acerca de la teoría de la *Evolución*, de sus fases y sesgos; encuentra sólidamente refutado el sistema materialista monista; ve establecida y afianzada la *esencial* diferencia entre los reinos de la Naturaleza; asiste á la discusión y refutación del origen animal del hombre; tiene dilucidada la cuestión sobre la descendencia de las especies orgánicas y recibe, finalmente, muy acertadas é insinuantes indicaciones, así para formar su criterio científico como para estimar más y tener por más ventajosa la posición que ocupa el católico, aun bajo el punto de vista de la ciencia meramente humana. Estas Conferencias se dirigen principalmente á los jóvenes estudiosos á quienes creemos harán mucho bien: ellas les enseñan qué dice la verdadera y más moderna ciencia acerca tan llevada y traída teoría. Indispensable es también su lectura á todo el que se precie de medianamente ilustrado; á los profesores de ciencias biológicas ó naturales, y también á los señores sacerdotes, quienes se ven no pocas veces obligados á rebatir ideas materialistas que cunden entre los fieles.

De broma y de veras, colección de lecturas, ora serias, ora alegres, recogidas por el P. R. Vilarino, S. J. *Mensajero del Corazón de Jesús*, Bilbao —Que será interesante esta nueva publicación mensual de lecturas amenas, lo patentiza el nombre del docto colector. El primer cuaderno, que hemos tenido el gusto de recibir, contiene unos sabrosísimos, muy sentidos y mejor escritos Relatos infantiles, originales del benemérito escritor *Saj*.

Del trato familiar con Dios, por San Alfonso M.^a de Ligorio. Es como todos los escritos del Santo, regaladísimo manjar que deleita al alma moviéndola á la perfección.

Todo en este opúsculo está respirando divina unción.

Lo creemos utilísimo para la propaganda y para distribuirlo en las Comuniones generales.

La vocación religiosa, por San Alfonso M.^a de Ligorio. Traducción del italiano por el R. P. Ramos, redentorista. Un tomo de 287 páginas.—En tela, 0'75 pesetas.

Esta nueva edición tiene la ventaja sobre las anteriores de

estar adaptada para uso y utilidad de las jóvenes que se sienten con vocación religiosa. En ella se han insertado, además de una carta dirigida por el santo Autor á una joven que se siente llamada al claustro, dos conferencias que predicó con motivo de tomar el hábito religioso unas piadosas jóvenes.

El contenido de esta obra no necesita ponderación ni encarecimiento; se ha hecho tan popular, que anda en manos de todos los jóvenes que se sienten llamados á la Religión. Bien se puede decir de ella que es la obra clásica é indispensable en todos los noviciados de las sagradas Religiones. Al igual que la anterior, ha sido editada por el *Perpetuo Socorro*, revista que en Madrid publican los PP. Redentoristas.

Recetario doméstico: Colección de 5,667 recetas para todas las necesidades de la vida, por el ingeniero J. Gherzi y el Dr. D. A. Castoldi.—Gustavo Gili, editor, Barcelona.—Es, no un arsenal, sino una serie de arsenales, pues no sólo lo contiene todo, sino que cada cosa la contiene varias veces... bueno, no sé si me explico; unos ejemplos aclararán mi idea; abro el voluminoso tomo y leo: *sabañones, recetas para curarlos*; una, dos, tres, cuatro: *manchas*, y sigue toda la innumerable legión que condecora á la humanidad entera, acompañada cada una del modo de quitarla... *et sic de ceteris*. Si tú, amigo que me lees, eres Misionero, encontrarás en el Recetario que te recomiendo, la manera de curar mil y una dolencias, y además farmacia doméstica y socorros de urgencia y medicina práctica; si eres almibarada dama, la manera de preparar desde los *marrons glacés* hasta cien almibares y doscientas mermeladas; si imberbe colegial, recetas para fabricar tintas de colores, para decorar frutas, y otros sin fin que te deleitarán instruyéndote. A todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, ricos y pobres, será útil el voluminoso tomo que voy elogiando, pues que todo lo sabe, todo lo enseña, y pronto está siempre á sacarle á su amigo, el lector, de cualquier apuro. Jardinería, substancias alimenticias, higiene, perfumería, combustible é iluminación, conservas, licores, abonos, labores, metales, cueros y pieles, etc., etc. Y como contiene tanto y enseña tanto, es un libro útil á todos.

De la colección *Lecturas Católicas* que hace años publican con singular acierto los Padres Salesianos de Sarriá, hemos recibido los cuadernos correspondientes á Enero y Febrero. Entre ambas contienen completa la hermosa y ya conocida novela de Aurora Lista: «Fe, Esperanza y Caridad.»

LAS MISIONES CATOLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S.....	5	Ptas.
Mazarrón.—Rdo. D. Ginés Morales, Pbro...	51'10	»
Salazar.—D. Ramón Maraño.	5	»

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1911